



Cidse

Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica **CIDSE**
Facultad de Ciencias Sociales y Económicas
Universidad del Valle



Cidse

AHORA LE TOCA AL VALLE

Rodrigo Escobar Navia

ÍNDICE

	Pág.
Nota del editor	6
Prólogo	7
Prefacio	11
Introducción	19
Capítulo I	
Una crisis de transición.	21
A. El cambio de las fuerzas de fondo.	22
B. El cambio del marco institucional.	24
C. Los interrogantes de la nueva modernización.	28
Capítulo II	
El papel de Antioquia en el desarrollo colombiano.	32
Capítulo III	
¿Por qué el Valle del Cauca?	37
A. Razones y factores de los liderazgos anteriores.	38
1. Factores de liderazgo antioqueño.	40
2. Factores de liderazgo cafetero.	43
3. Factores de liderazgo de los industriales.	46
4. Factores de la ascendencia de la “inteligencia” bogotana.	47
B. Factores comunes de los liderazgos señalados.	49
C. Ventajas y desventajas del Valle del Cauca para asumir la responsabilidad primordial que hoy le corresponde en la orientación del desarrollo nacional. . .	50
1. Desventajas.	50
2. Ventajas del Valle.	52
D. ¿Por qué el Valle?	56
Capítulo IV	
Acciones previas y objetivos inmediatos.	58
A. Acciones previas necesarias.	59
B. Objetivos inmediatos.	61

NOTA DEL EDITOR

El documento que hoy editamos se basa en una copia fotostática del original mecanografiado que su autor, Rodrigo Escobar Navia, escribió en 1976, siendo Presidente de ASOCAÑA. Se ha conservado la desagregación en títulos, subtítulos y enumeraciones, tal y como lo elaboró el autor, cuya intención fue presentar la lógica de sus argumentos para suscitar el debate y, con él, hacer un desarrollo posterior de los mismos, lo cual no realizó porque el debate nunca se pudo llevar a cabo. Las unidades principales las hemos considerado como Capítulos, a fin de facilitar la apreciación del conjunto por parte del lector. También hemos unificado la codificación de las subdivisiones de los capítulos, ya que en el original hay variaciones de la codificación que dan lugar a confusiones. Se han hecho modificaciones a la puntuación, particularmente para separar párrafos que resultan excesivamente largos y dificultan la comprensión del lector. En algunos casos se han introducido palabras como sujeto del párrafo, específicamente en aquellos que comienzan por gerundios, un giro de estilo del autor, que dificulta la comprensión de los textos. Se han completado las referencias bibliográficas que en el original estaban incompletas. Hemos introducido, en el Capítulo I, un numeral C que titulamos “los Interrogantes de la Modernización”, porque nos pareció indispensable separar esta idea del numeral B que se titula “El cambio del marco institucional”. Creemos que así el texto gana en su fuerza argumentativa.

CIDSE. Mayo de 2012

PRÓLOGO

Rodrigo Escobar Navia fue un visionario de lo que pudo ser y no fue. Postuló en 1976 que el Valle tenía un gran potencial de desarrollo socioeconómico. Y dijo que, ante el colapso del modelo antioqueño, la región vallecaucana debía comenzar a liderar el desarrollo nacional. Esa era la propuesta de *Ahora le Toca al Valle*, ensayo que hoy publica el CIDSE después de 37 años de olvido.

El sueño de Escobar Navia no se cumplió. De hecho, sucedió todo lo contrario: desde mediados de los años setenta la región vallecaucana comenzó a perder importancia relativa en el concierto económico nacional. Y Colombia en general experimentó una desaceleración económica tendencial hasta principios del siglo XXI. De lo cual se deduce que la desaceleración económica del Valle fue más profunda.

Escobar Navia seguramente estaría de acuerdo con el *dictum* de Landes sobre la transformación estructural de una sociedad: “Algunas cosas nunca sucederán si uno no hace que sucedan” (Landes, 1998, p. 404). Estos sucesos no dependían de la visión extraordinaria de un hombre, sino de un proyecto colectivo que no se construyó, aunque el potencial existía. Por eso, el error en su apuesta no lo disminuye sino que lo dignifica.

Para entender cómo pudo nuestro autor llegar a la osadía de su pronóstico se debe tener en cuenta que fue un líder gremial, un intelectual y un gran conocedor de la historia y la cultura de la nación colombiana y de sus regiones. También conocía a fondo los avances de su época en la teoría del desarrollo económico, tanto a nivel nacional como internacional. Como miembro de la dirigencia regional tuvo la generosidad de proyectarse sobre los intereses de su propia clase para soñar un proyecto de desarrollo nacional centrado en el bien común. Su aspiración amplia e inclusiva hace de él un humanista en todo el sentido de la palabra.

Como un académico que mira con su lente las condiciones de su época, y propone una senda de desarrollo, Escobar Navia nos legó sus profundas reflexiones en el ensayo que el lector tiene en sus manos. Lo hizo sin que nadie se lo pidiera; de hecho este ensayo quedó inédito por desconocimiento o por falta de interés o por ambas razones. El ensayo muestra que el autor había captado el cambio de los vientos de su época. Sabía muy bien que el

país estaba en un momento crucial, y que se aprestaba a definir la nueva senda de desarrollo que debía seguir hacia el futuro.

Hijo de su época, pensaba Escobar Navia que el viejo modelo sustitutivo estaba agotado. Pensaba que el modelo de desarrollo hacia adentro (cerrado) que tan bien le había resultado a los antioqueños ya no iba más. Y que el Valle del Cauca, mejor posicionado por su ubicación y por su puerto en Buenaventura, y por su desarrollo y cultura, debía hacerlo mejor en adelante en un contexto aperturista. Ya sabemos que no acertó. Pero además el nuevo patrón de acumulación profundizó las diferencias sociales y regionales. Desde hace 40 años el trabajo pierde participación en la distribución del ingreso nacional. La riqueza está hoy más concentrada. Y Bogotá como ciudad-región se desarrolla a toda marcha sin liderar al resto del país (su ingreso per cápita se separa cada vez más del ingreso medio de las demás regiones); incluso Antioquia se siguió desarrollando aún más. Y en cambio, el Valle del Cauca se hunde hoy en el marasmo económico e institucional que nos han dejado cuatro décadas de apertura económica neoliberal, enormes carencias del Estado en la provisión de bienes públicos, desinstitucionalización y corrupción en el manejo de la cosa pública, una violencia rampante que se relaciona directamente con el impacto innegable del narcotráfico en la región, un mercado laboral con alto desempleo y baja calidad del empleo, y un ensimismamiento de su dirigencia que quiere convencerse, y trata de convencer a los demás, de que el Valle del Cauca es el mejor de los mundos.

Fue el modelo de desarrollo aperturista y neoliberal que se estaba inaugurando en los años setenta lo que indujo una tendencia a la desaceleración económica. Con vías deficientes, con infraestructura precaria, sin preparación de calidad en la educación y la cultura, y con el abandono del modelo industrializante —que se identificó erróneamente con la política de sustitución de importaciones—, la creciente apertura económica arrasó con gran parte de la industria manufacturera nacional, el verdadero motor del crecimiento económico desde finales del siglo XIX hasta los años 70. La apertura comercial y financiera orientó crecientemente los recursos hacia las actividades intensivas en recursos naturales y hacia actividades agroindustriales, potenció las actividades no transables —en lo cual ganó Bogotá por la centralización política e institucional del país—, fomentó el narcotráfico (la más impactante actividad agroindustrial del país), y desató toda la violencia relacionada con la expansión incontenible del narcotráfico como actividad ilegal.

Pero no todo fue error en el ensayo de Escobar Navia. Una evaluación objetiva de las ventajas y desventajas del Valle del Cauca en el concierto nacional todavía arroja luces sobre nuestra dirigencia y nuestra idiosincrasia. Además, quizás las ilusiones de Escobar Navia todavía son válidas. Quizás el período de desarrollo industrial le legó a Colombia y al Valle del Cauca un desarrollo regional, estructural e institucional que se puede recuperar y

profundizar. Es posible soñar que el país y la región retomen la senda de la transformación productiva para llegar a ser la potencia económica del área andina sustentada en la diversificación productiva con alta especificidad tecnológica. El principal legado de Escobar Navia es que nos enseñó a soñar como condición para el desarrollo.

Carlos Humberto Ortiz

Referencia. LANDES, David. 1998. *The Wealth and Poverty of Nations*, W.W. Norton and Company. Versión en español de 1999, *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, Argentina.

PREFACIO

Publicar un documento que ha permanecido inédito durante 35 años exige algunas explicaciones al lector.

Rodrigo Escobar Navia, el autor, fue un intelectual y “hombre público”, a quien la clase dirigente vallecaucana no supo oír en una coyuntura crucial para el que hubiera podido ser su rol histórico en el desarrollo de la nación colombiana. No haber siquiera discutido el documento que en 1976 Escobar Navia puso a su consideración, tuvo un enorme costo social y político para la región vallecaucana. La deplorable situación actual, social y política, del Valle del Cauca y la insignificancia de su sector empresarial es apenas una parte de ese costo político.

Ahora le toca al Valle, como tituló Escobar Navia el documento que hoy publica el CIDSE, tuvo la claridad y la pertinencia de un mensaje urgente a la dirigencia gremial y a los empresarios vallecaucanos para que asumieran el papel dirigente que los antioqueños habían venido desempeñando durante décadas en la construcción económica de la nación y que en ese momento había entrado en crisis, crisis que Escobar Navia denominó **una crisis de transición** (numeral I del texto).

Es preciso advertir que en aquel momento, a mitad de la década de los setenta del siglo pasado, el concepto de transición tenía una importancia decisiva en la construcción de las diversas teorías del **cambio**, que desde perspectivas antagónicas procuraban explicar la situación de subdesarrollo en que se encontraban las naciones del denominado Tercer Mundo. Desde la perspectiva marxista la transición se interpretaba como el período de cambio entre dos modos de producción, cambio histórico que necesariamente estaría marcado por una revolución. Tratándose de una transición del modo de producción feudal al modo de producción capitalista la revolución sería, clásicamente, una revolución democrático-burguesa. Pero dadas las distorsiones del desarrollo capitalista en las sociedades dependientes del tercer mundo, la revolución tendría que dar un salto hacia el Socialismo¹.

1. Una abundante literatura de autores marxistas se divulgó a través de las editoriales y de las revistas de los diferentes grupos marxistas que surgieron a finales de la década de los sesenta y comienzos de los setenta. En esta literatura se pueden constatar las diferencias que sobre la configuración de la sociedad colombiana y sobre el carácter de la revolución enfrentaron a los grupos estalinistas, marxistas y trotskistas.

Desde las diferentes perspectivas del pensamiento no marxista, la transición es, desde luego, el problema del cambio hacia un pleno desarrollo del capitalismo. Pero hay obstáculos que generan desequilibrios y mantienen el atraso de las sociedades en transición. Es el peso de la tradición que obstaculiza y retrasa el acceso a la modernidad. Y la transición es precisamente el tránsito de la **sociedad tradicional** a la **sociedad moderna**. Tal vez el trabajo inspirador de estas teorías sea, como lo señaló en su momento Bernardo García², el texto de *W.W. Rostow sobre las etapas del crecimiento económico (The process of economic growth*, Oxford, 1960), texto que el mismo Rostow caracterizó como un Manifiesto Anticomunista.

A la idea del *take-off* o despegue hacia un desarrollo *autosostenido*, que es una de las etapas *rostowianas*, se van a agregar otras ideas que lo relativizan como es la del dualismo estructural o coexistencia entre lo tradicional y lo moderno y la idea de los círculos viciosos, que reproducen la pobreza, el estancamiento y el atraso de nuestras sociedades en transición. Entonces el concepto de transición para que pueda dar cuenta del cambio socioeconómico tiene que incorporar a su contenido la actividad e intencionalidad de los sujetos históricos. De este modo el cambio pasa a ser un cambio dirigido, más aún, planificado por el Estado y los organismos internacionales que agencian el desarrollo. Hasta aquí lo que se podría denominar el marco de referencia de las abstracciones teóricas. Pero en concreto, lo que constituyó el núcleo, no solamente de la discusión intelectual, sino también de la acción de las distintas fuerzas socio-políticas en Colombia fue lo que se denominó EL PROBLEMA AGRARIO.

En julio de 1950 el Banco Interamericano de Reconstrucción y Fomento presentó al Presidente Ospina Pérez el Informe de la Misión que dirigió Lauchlin Currie, informe que tituló “Bases de un Programa de Fomento para Colombia”³. Y como si estuviese marcado por el destino, durante los siguientes 25 años el Dr. Currie irá a permanecer buena parte de su tiempo *in situ*, alimentando el debate e incidiendo en la política económica de los gobiernos del Frente Nacional. El Informe plantea que Colombia necesita un programa coherente y global y que:

“En general, la amplia pauta de desarrollo que se contempla aquí, requiere que una menor proporción de la población esté vinculada a las labores agrícolas y una mayor proporción vaya a los sectores urbanos. El rápido incremento de la mano de obra disponible para propósitos distintos de la agricultura lo absorberán, la industria, la construcción de viviendas y otras construcciones para la expansión de los servicios públicos (energía eléctrica, agua, alcantarillado, hospitales, escuelas, calles, etc.) y los establecimientos industriales y comerciales” (p. 411).

2. García, Bernardo. ANTICURRIE. *Crítica a las teorías de desarrollo capitalista en Colombia*. Medellín, Editorial La Carreta, 1973, pp. 52-54.

3. Impreso en los Talleres Editoriales de la Librería Voluntad S.A. Bogotá, Octubre de 1950.

El requerimiento de la pauta de desarrollo que postula el Informe, el de una proporción cada vez menor de la población vinculada a las labores agrícolas era algo que ya, en 1950, había tenido su despegue con la violencia que se desató a partir de 1948 con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. La violencia se convirtió en el más importante acelerador del desplazamiento de la población rural hacia las áreas urbanas. Pero el profesor Currie siguió impertérrito en la ortodoxia de la teoría económica (cuya “cientificidad” no pone en duda) y nunca llegó a considerar la violencia como una variable “interviniente”, ni siquiera en 1972 cuando reformula el programa de 1950, bajo el atractivo señuelo de OPERACIÓN COLOMBIA. Currie reitera aquí que “la contribución efectiva de la técnica agrícola al proceso económico radica en la liberación de fuerza de trabajo agrícola para la producción de otros bienes”⁴. La generalización de la gran empresa capitalista agraria para la producción de todas las materias primas agropecuarias y los alimentos sigue siendo la columna vertebral de la Operación Colombia. Esto, desde luego, supone la disolución del campesinado y, en consecuencia, el profesor Currie se declara abiertamente opositor de la reforma agraria parcelaria:

“Es posible elevar enormemente la productividad agrícola acelerando su tecnificación; esto puede beneficiar a la Nación siempre que se provean oportunidades de empleo para la población rural desplazada. Ignorar este dilema y llevar a cabo reforma agraria, carreteras de penetración, grandes proyectos de recuperación de tierras y mejorar las facilidades de crédito (todas estas medidas tendientes a elevar la producción, fomentar la competencia y bajar los ingresos medios rurales) es una política cruel, injusta y sumamente peligrosa”. (El Problema Agrario, p. 364).

La Reforma Agraria se inició durante el primer gobierno del Frente Nacional mediante la expedición por el Congreso de la Ley 135 de Diciembre de 1961⁵, siendo Presidente Alberto Lleras y Ministro de Agricultura Hernán Toro Agudelo. La Ley contempló en su Capítulo II la creación del Instituto Colombiano de la Reforma Agraria, INCORA, adscrito al Ministerio de Agricultura. El montaje de este aparato ejecutor de la reforma llevó su tiempo. Entre tanto las fuerzas sociales de la contrarreforma, la SAC, FEDEGAN y los gremios de productores agrícolas, organizaban la ofensiva política. Pero en 1966, Carlos Lleras Restrepo, el más decidido defensor de la Reforma Agraria parcelaria, fue electo Presidente, lo cual significaba un serio traspies para los intereses de los terratenientes, del gran capital agrario y de sus

4. Véase de Lauchlin Currie, *El Problema Agrario en La Agricultura Colombiana en el Siglo XX*. Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá Noviembre de 1976. P. 348.

5. La expedición de esta Ley cuatro meses después de que el gobierno hubiera suscrito la Carta de Punta del Este (Agosto 5 de 1961), iniciativa norteamericana para frenar los efectos de la revolución cubana en América Latina, dio lugar a que la izquierda colombiana en todas sus vertientes marxistas calificara a la Reforma Agraria como un instrumento imperialista. La Carta en su artículo 6° establecía “Promover, en el cuadro de las particularidades propias de cada país, los programas de Reforma Agraria integral, orientados hacia una transformación efectiva de las estructuras y los sistemas inicuos de explotación y de propiedad de la tierra y sustituir el régimen de latifundio y minifundio por un sistema de propiedad familiar equitativo”. Revista PUBLIFES No. 5, Bogotá. Enero de 1970.

ideólogos. Lleras había afirmado que Colombia debía ser mucho más un país de propietarios que un país de peones y en su “Mensaje a los directorios de los partidos políticos” había afirmado que:

*“no me seduce la perspectiva del gran capitalismo agrario, necesario sin duda en ciertas ramas, pero cuya generalización engendraría un estado social de características insostenibles”*⁶

Lleras Restrepo fue el último político de talla intelectual que agenció el modelo de desarrollo industrial por sustitución de importaciones (o desarrollo cerrado como lo denominó Escobar Navia), el cual se montó sobre la expansión de la caficultura a nivel nacional. El café no solamente generó las divisas para la adquisición de los equipos industriales, sino que permitió un desarrollo equilibrado de las regiones y la configuración de un mercado interior. El papel tan relevante de los antioqueños, tanto en la expansión de la caficultura como en el montaje de la industria manufacturera, llamó la atención de los investigadores sociales, en principio fundamentalmente de extranjeros, sobre el rol dirigente de los antioqueños en la formación económica de la nación colombiana. Sobre esta cuestión volveremos más adelante⁷.

Desde la presidencia Lleras Restrepo llevó a cabo una significativa reforma de los aparatos del Estado e hizo del Ministerio de Agricultura un Superministerio al incorporar a su estructura institutos especializados como el ICA, el IDEMA, el INDERENA, el HIMAT, el INCORA, las seis Corporaciones Regionales existentes y empresas industriales, comerciales y financieras del Estado como VECOL, INAGRARIO, CAJA AGRARIA, Banco Cafetero y COFIAGRO. Se creó también dentro del Ministerio de Agricultura la División de Organización Campesina, la cual tuvo a su cargo la promoción de la ANUC, la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, que tendría como misión defender y ayudar a implementar la reforma agraria, desde su propia base social. Y como se esperaba una importante ampliación de la producción industrial y agrícola, el gobierno de Lleras Restrepo le dio un notable impulso a la configuración del Pacto Andino.

Sin embargo, tan ingeniosa construcción se vino a pique en el siguiente gobierno del Frente Nacional (1970-1974) que le correspondía al partido Conservador y para el que fue elegido Misael Pastrana Borrero. Paradójicamente Lleras se había jugado el todo por el todo a fin de que ganase Pastrana, puesto que el otro hombre fuerte del conservatismo era Álvaro Gómez Hurtado,

6. Citado por Humberto Vélez en *Concepciones de política económica bajo el Frente Nacional*. Revista Cuadernos Colombianos No. 2, Segundo Trimestre de 1974. p.273.

7. Véanse los estudios clásicos de Luis E. Nieto Arteta (*El café en la sociedad colombiana*), Absalón Machado (*El café: de la aparcería al capitalismo*), Mariano Arango (*Café e Industria, 1850-1930*) y Marco Palacios (*El café en Colombia. 1850-1970*).

un declarado enemigo de la Reforma Agraria⁸. Una vez Pastrana con el poder todas las fuerzas de la contra reforma levantaron vuelo. La Operación Colombia de Currie tomó la forma de política de gobierno en las “Cuatro Estrategias” del Plan de Desarrollo. A comienzos de 1971 el gobierno firmó con los gremios agropecuarios el que se denominó Pacto de Chicoral y que en la práctica implicaba poner en el congelador a la Reforma Agraria, en particular todas las medidas tendientes a la parcelación del latifundio agrario. Y vaya sorpresa, el 16 de noviembre de ese año Indalecio Liévano Aguirre, prestigioso intelectual, de amplio reconocimiento en los medios académicos por sus libros de historia, en calidad de Senador por el MRL (Movimiento Revolucionario Liberal), que hacía oposición al Frente Nacional, presentó ante la Comisión Tercera como ponencia de un proyecto de ley el documento “Capitalización del Sector Agropecuario”.

El reputado Senador de izquierda comenzó por señalar que el campo colombiano estaba descapitalizado gracias a que una política proteccionista, de larga data, le había garantizado “a la actividad fabril rentabilidades muy superiores a las habituales en el conjunto de la economía nacional”⁹. De este modo, la desigual distribución de los ingresos en Colombia no se le podía atribuir a la desigual distribución de la tierra. Más aún, el desarrollo de las fuerzas productivas (y cita a Marx, p. 430) con las consiguientes innovaciones tecnológicas en la agricultura lleva a que el valor de la tierra sea insignificante frente al de los equipamientos tecnológicos. En estas circunstancias la reforma agraria parcelaria resultaría una insensatez, pues en el estado de descapitalización del campo colombiano equivaldría a repartir la pobreza. La revolución tecnológica era lo que estaba a la orden del día y no la anarquista revolución de aparceros y campesinos minifundistas. Elocuentemente Liévano afirma:

“La selección de semillas, la obtención de plantas y animales genéticamente superiores, los fertilizantes químicos y el conjunto de las conquistas recientes de la ciencia agrícola tienen el resultado de incrementar la productividad de la tierra y ellos han merecido, con justicia, el nombre de Revolución Verde” (p.429).

La reforma institucional que Lleras había concebido para acelerar el proceso de la Reforma Agraria pasó a agenciar la implementación de la Revolución Verde. Aunque desde el INCORA, funcionarios y técnicos intentaron reaccionar al enorme despliegue de las fuerzas de la contrarreforma y se decretó una

8. Las elecciones fueron una sorpresa puesto que catapultaron al candidato de la ANAPO, el General Gustavo Rojas Pinilla, hasta una insignificante diferencia de votos con Pastrana. La prohibición a la radio y la televisión de informar sobre los resultados electorales, cuando el General iba adelante en el conteo de los votos, empañó el gobierno de Pastrana con el estigma del fraude electoral.

9. Véase de Liévano Aguirre, Indalecio. “Capitalización del sector agropecuario” en: *La agricultura colombiana en el siglo XX*, p. 438.

Concentración Parcelaria en el municipio de Jamundí, en la retaguardia de la cañicultura, asiento de la gran empresa capitalista agraria, ésta se convirtió en la gota que rebozó la copa de la discordia:

*“La SAC, consciente por su tradición de servicios al país, reitera su posición terminante respecto de la inviolabilidad de los predios adecuadamente explotados”*¹⁰

Y en la misma línea ASOCAÑA, FEDEARROZ, FEDEALGODÓN, FENALCE, FEDECACAO Y ASCOPAL (¡los paperos!), todos los gremios, incluidas algunas organizaciones sindicales del Valle del Cauca, se pronunciaron airadamente contra la Concentración Parcelaria de Jamundí. En adelante la Reforma Agraria pasaba a depender de la capacidad de presión de la ANUC. El 22 de Agosto de 1971 la Junta Directiva de la ANUC reunida en Fúquene expidió el Primer Mandato Campesino, programa radical que establecía medidas como la expropiación sin indemnización para los latifundios (artículo 10) y creaba los Consejos Ejecutivos de la Reforma Agraria, desde el nivel nacional hasta el nivel veredal. Se trataba de organismos compuestos exclusivamente por representantes campesinos (artículo 3) y en la práctica tenían la atribución de decidir qué predios debían ser expropiados. Muy pronto se inició la toma de haciendas y ante la situación de conflicto no pocos propietarios decidieron entrar en negociaciones con el INCORA. Así por ejemplo en Córdoba, en un lapso de seis meses, entre marzo y agosto de 1972 un total de 10 grandes haciendas fueron tomadas por los campesinos¹¹. Como el INCORA no disponía de recursos suficientes porque el gobierno había decidido desactivar la Reforma Agraria, muy pronto los acontecimientos desbordaron la capacidad del Instituto, de tal manera que la aceleración de la reforma por parte de los usuarios significó lisa y llanamente la aceleración del conflicto social.

Es preciso tener en cuenta que a comienzos de ese estratégico año de 1971 un Comité Evaluador de la Reforma Agraria, del cual formó parte Rodrigo Escobar Navia¹², rindió su informe e hizo recomendaciones sobre la materia. El Informe reconocía que *“En el sector rural coexisten distintos grupos socioeconómicos, cuyos problemas son también diferentes y por ello requieren de políticas especialmente diseñadas para la solución adecuada”*¹³. Desde luego al INCORA le competía la tarea de dotar de tierras y demás recursos productivos a los campesinos más pobres. Así mismo recomienda que las instituciones que agencian el crédito, el mercadeo y la asistencia técnica coordinen con el

10. Véase DANE: Debate Agrario. Documentos. Bogotá, Agosto de 1979, p. x.

11. Véase de Orlando Fals Borda: Retorno a la Tierra, Tomo IV de Historia Doble de la Costa. Bogotá. Carlos Valencia Editores, 1986. P.180A.

12. También formaban parte del Comité, Armando Samper Gnecco Antonio Uribe Urdinola, Jorge Orlando Melo, Aníbal Fernández de Soto, Francisco Ortega y Cornelio Reyes.

13. DANE. Op.cit. p. II.

INCORA las acciones dirigidas a los campesinos. Y como el Consejo Social Agrario que estableció la Ley 135 se había tornado inoperante, el Comité Evaluador recomienda que sea reemplazado “*por un Consejo Nacional de Reforma Agraria, integrado por los Ministros de Agricultura, Educación, Salud, Trabajo y Obras Públicas y por el Departamento Nacional de Planeación*” (DANE, p. viii). Como las recomendaciones del Comité Evaluador partían del supuesto de la existencia de una voluntad política del gobierno para llevar a cabo la Reforma Agraria, era lógico que el Informe pasara a ser discretamente archivado. Y lo que cobró forma jurídica posteriormente fue el Acuerdo de Chicoral a través de la expedición de la Ley 4ª de 1973.

Como no había un partido político, ni siquiera una fracción que tuviese entre sus propósitos programáticos el apoyo a la Reforma Agraria, el futuro de esta fue el de una muerte anunciada. Desde las organizaciones políticas de izquierda, en particular de las de la izquierda marxista, se celebró el fracaso de la “*reforma agraria Burquesa*”. Y para las organizaciones que habían optado por la lucha armada, el movimiento campesino por la reforma agraria solo tenía sentido como un acelerador de la revolución. El panorama que se configuró durante el último gobierno del Frente Nacional, fue a todas luces crítico. El de una **crisis de transición**, como la denominó Escobar Navia. La élite antioqueña, en particular su burguesía industrial, se revelaba completamente incapaz de asumir la conducción del proceso de cambio y de restablecer el equilibrio socio-económico y sociopolítico. Para la muestra, la burguesía antioqueña había perdido a su buque insignia: Coltejer había pasado a ser propiedad de un arribista santandereano, astuto negociante, no cabe duda, pero no un empresario fundador¹⁴.

Al terminar el Frente Nacional el espacio político se abría a la competencia interpartidista, pero el mecanismo de la alternación y la repartición del poder de Estado, había conducido a la pérdida de la identidad ideológica de los dos grandes partidos tradicionales. Al haber quedado excluida la competencia electoral durante 16 años, no fue posible que se configuraran terceras vías o nuevos partidos. La salida del Frente Nacional era para el país político una especie de salto al vacío. En nada exagera Rodrigo Escobar Navia cuando afirma:

“La terminación del Frente Nacional representa, por ello, para la Colombia de ahora, algo tan hondo, significativo y perturbador como la caída de Stalin para la Unión Soviética, la muerte de Franco para España o la desaparición de Oliveira Salazar para los portugueses” (Véase la pág. 26 de esta edición).

14. Muchos años después, en la primera mitad de la década de los noventa, Carlos Ardila Lulle, siendo ya inmensamente rico, fundó la Cervecería Leona con el objetivo de apoderarse del jugoso mercado de las cervezas; pero fracasó y tuvo que vender Leona a su competidor Bavaria.

Cuando Rodrigo Escobar Navia escribió el documento AHORA LE TOCA AL VALLE, se desempeñaba como Presidente de ASOCAÑA, el único gremio agroindustrial del país, el que además podía mostrar que en el proceso histórico de formación de sus empresas no había intervenido el capital extranjero. Las grandes empresas agroindustriales, los Ingenios azucareros, eran propiedad de grupos familiares que a través de las generaciones habían transformado las haciendas ganaderas y cañeras en empresas agroindustriales. Por otra parte, la cercanía del valle geográfico a la costa pacífica y la importancia del puerto de Buenaventura han implicado la experiencia de un desarrollo económico más abierto, hacia afuera. Así mismo el asentamiento de la población en el territorio es equilibrado y no se concentra en un único centro urbano-industrial como en el caso de Medellín para los antioqueños. Escobar Navia no duda en afirmar que ha llegado la hora de “vallecaucanizar” a Colombia. Y para sustentar sus argumentos hace una erudita presentación del caso antioqueño, el que tipifica un modelo de desarrollo hacia adentro que ha llegado a su fin.

Escobar Navia confía plenamente en la importancia decisiva de las ciencias sociales que, más allá de la proclamada neutralidad “de las ciencias tecnológicas del *Know How*”, “*pueden proveernos de riquísimos instrumentos de exploración, observación y análisis de nuestra realidad*”¹⁵. El lector podrá constatar que Escobar Navia tiene un conocimiento minucioso de la bibliografía sobre el caso antioqueño, desde las reformas introducidas en el siglo XVIII por el visitador regio Mon y Velarde hasta el reciente trabajo de Luis H. Fajardo, que él prologa. Y también podrá constatar que la lectura de este original documento a la luz de los actuales acontecimientos de la realidad vallecaucana nos deja la incómoda sensación de lo que pudo ser y no fue. Sin embargo, es el mismo autor quien nos indica dónde pudo encontrarse una de las causales de un fracaso colectivo:

“...Parecen tender las élites vallecaucanas a practicar formas más bien pasivas que activas de pensamiento y conducta, y mentalidades y actitudes impregnadas más en el egoísmo de los inseguros y dependientes, que en el altruismo de los fuertes, de alta confianza en sí mismos”. (Pág. 51 de esta edición).

José María Rojas G.

15. Véase el Prólogo de Escobar Navia al libro “¿La moralidad protestante de los antioqueños? *Estructura Social y Personalidad*. Cali, Universidad del Valle. Edit. Carvajal, s.f. p. 16.

INTRODUCCIÓN

Todo indica que el Valle del Cauca debe aprestarse a asumir, sin pérdida de tiempo, la responsabilidad propia de primer orientador de la opinión nacional, que a todas luces le ha impuesto la historia, en la actual etapa de la vida colombiana:

A. Al agotarse el viejo liderazgo antioqueño es apremiante reconstruir el equilibrio político, cultural y económico perdido, llenando ese vacío que por muy diversas razones y circunstancias, fácilmente demostrables, solo puede ser eficazmente cubierto por la economía, la cultura y la sociedad vallecaucanas.

B. Exhaustas las posibilidades del esquema de desarrollo cerrado y el “industrialismo” a ultranza, que impusiera la ruptura de la clásica división internacional del trabajo, durante la segunda guerra mundial, urge crearle al país una nueva perspectiva de modernización y de crecimiento. Y el Valle es, a ojos vistas, el más capaz de los departamentos colombianos de imponer la nueva estrategia de desarrollo económico y social que demandan los tiempos, debido a las muy peculiares características de su desenvolvimiento histórico como departamento abierto, agrícola, agroindustrial y de ciudades “intermedias”.

¿De dónde viene ese reto perentorio? ¿Cuáles son su alcance y proyección en la vida nacional? ¿Cómo prepararnos a echarnos sobre nuestros hombros tan descomunal misión? ¿Qué acciones previas específicas tendríamos que cumplir los vallecaucanos para ponernos en condiciones de asumir con decisión y administrar con eficiencia y responsabilidad tan pesada carga? ¿Qué énfasis y prioridades deberán impregnar nuestra conducta de primer dirigente regional del país?

Tratar de dilucidar esos interrogantes constituye el objeto de las presentes reflexiones.

Para mayor claridad, tanto en el pensamiento, como en la exposición, intentaré ceñirme al siguiente orden:

- 1.** Inventariar a grandes rasgos la crisis de transición en que hoy nos debatimos los colombianos.

2. Esbozar con algún cuidado el papel de Antioquia en el equilibrio y el desarrollo tradicionales del país, prácticamente hasta nuestros días, y señalar el aporte de los cafeteros y los industriales a la estructuración y la ejecución del proceso de modernización cumplido hasta ahora.
3. Enunciar las razones por las cuales es el Valle del Cauca el Departamento llamado a suceder a Antioquia en la dirección nacional.
4. Perfilar las acciones indispensables para que los vallecaucanos podamos cumplir el grave compromiso de conducción que se nos demanda y los énfasis y prelación mayores, que en mi opinión deberán caracterizar a dicho empeño de reorientación de las energías nacionales hacia las metas y los objetivos de las nuevas etapas de crecimiento, modernización y desarrollo, que sin duda nos es forzoso dar a los colombianos para restaurar la esperanza, afianzar la confianza y fortalecer la certidumbre de todos en el progreso, en la medida necesaria para sujetar a algún orden las nuevas aspiraciones colectivas, y robustecer las posibilidades de supervivencia y de expansión y más plena realización de las instituciones y los valores que hoy se ven claramente amenazados de perecer frustrados o arrollados por la dinámica social. Al final tenemos la ilusión de sugerir las líneas tentativas del marco global de lo que podría ser un plan general o prospecto de acción del Valle del Cauca en esta hora nueva de Colombia, capaz de convertirse en un repertorio de propósitos comunes sugestivos para los vallecaucanos y un conjunto de alternativas de solución de significación y de interés para el resto de los colombianos.

CAPÍTULO I

UNA CRISIS DE TRANSICIÓN

Por muchísimas razones podría decirse que los colombianos de hoy vivimos la más grande crisis de transición de nuestra historia, como lo indican y lo explican tanto las fuerzas de fondo actuantes en nuestra sociedad, como la evolución o cambio de las instituciones establecidas.

A. EL CAMBIO DE LAS FUERZAS DE FONDO

Saltan a la vista entre los hechos sociales:

1. Gracias a los avances considerables realizados en la defensa y promoción de la salud, y al consiguiente abatimiento de la tasa de mortalidad, principalmente en la segunda mitad del decenio de los años 50 y la década de los 60, hemos soportado, y continuamos soportando, la mayor presión social ocasionada por el desbordado crecimiento de la población, así parezca descender del “tope biológico” del 3.5% anual al 2.8% que algunos creen detectar en las series históricas más recientes.

2. Entre 1951 y 1964 dejamos de ser un país rural para convertirnos en un país semiurbano, como entre 1964 y 1973, entramos de lleno a la urbanización de la vida nacional, como si se hubiere realizado “la operación Colombia” de Currie por la fuerza de las cosas, con la explosión de aspiraciones, la quiebra o el ablandamiento y atrofia de las viejas lealtades y el conflicto de los antiguos valores, usos e instituciones de la cultura rural tradicional —a menudo heterogéneas versiones de las culturas y sub-culturas de la pobreza— que suelen acompañar a la expansión de las ciudades.

3. Los horizontes de modernización, crecimiento, desarrollo, progreso y bienestar que el café y la industria abrieran y desplegaran a los ojos de los colombianos expulsados por el empobrecimiento o la saturación de los campos, o desplazados, en general, de sus territorios habituales por vagos pero impacientes deseos de avance y ascenso, empezaron a encogerse, al expirar el decenio de los años cincuenta, si no a cerrarse peligrosamente hacia la mitad de los años sesenta, erosionando la confianza y diezmando el optimismo de las primeras horas —la belle époque— de nuestra transformación social. Achicamiento éste que prácticamente llegó al agotamiento de la dinámica y las perspectivas del desarrollo cerrado, el único, por cierto, que habíamos conocido los colombianos, en manifiesto contraste con las economías extravertidas y los crecimientos abiertos —y altamente dependientes del exterior— de los países mayores de América Latina, como Argentina, Brasil, México, Perú, Venezuela y Chile. Así lo demuestran con elocuencia características colombianas tan reconocidas como los bajísimos coeficientes per cápita de inversión extranjera y de ingreso de divisas por exportaciones; el provincianismo cultural, visible en el aislamiento étnico y el arcaísmo lingüístico y las peculiaridades del sistema político, como el sectarismo partidista y aún la supervivencia de los partidos propios del siglo XIX.

4. Ligado a ese proceso de agotamiento de las posibilidades del café y de la industrialización inspirada en la situación de importaciones de los bienes del consumo final, a que nos obligaron la gran depresión, la segunda guerra y la posguerra, primero, y las primeras ideologías y exaltaciones románticas del desarrollo y la modernización, después, con su característico desapego del campo y su prurito industrialista, casi inevitables en los primeros intentos del *take-off*. Así en la Francia de Saint-Simon, como en la Unión Soviética de la larga prelación despiadada a las industrias pesadas, en la Cuba del Ché y la América Latina de la CEPAL, y en parte como consecuencia del agotamiento y la decepción de esos nuevos credos, aunque sustancialmente por la explosión demográfica y la marcha de la urbanización, se inicia un acelerado movimiento de apertura de la economía, la sociedad y la cultura tradicionales, inmemorialmente cerradas. Afrontamos insospechadas dinámicas de cambio en las más diversas esferas de la vida de Colombia, una de las naciones más aislada, amurallada, protegida y provinciana de América Latina y aún del denominado “tercer mundo”. Fenómenos que muy posiblemente constituyen una revolución aún más intensa y significativa que las de la *desruralización*, o urbanización, y el salto demográfico, y que sin duda se manifiesta en las más variadas facetas del acaecer social, desde la intensidad del ya clásico efecto de demostración de las pautas de las sociedades extranjeras y la consiguiente difusión del *snobismo*, hasta la intensificación de la emigración que se refleja en hechos tan diversos como que hoy pasen del millón los colombianos residentes en el exterior, el aumento y la diversificación de las exportaciones, la proliferación del contrabando, la sensibilización y vulnerabilidad de nuestros sistemas de precios a los del resto del mundo y aún la contaminación ostensible de la lengua cotidiana y los demás usos, creencias e instituciones, al creciente contacto con el exterior.

5. Son procesos a los cuales habría que agregar finalmente *—last, but not least—* el sensible deterioro del viejo equilibrio regional (sin duda uno de los más notables, no solamente de la América Latina, sino de todo el resto del mundo en desarrollo) que tradicionalmente nos distinguiera, hasta el punto de constituir una de las claves (políticas, culturales, económicas) del antiguo país, caracterizado por un territorio nacional disperso y desarticulado, por la concentración de las inversiones, la “polarización” del desarrollo, el movimiento desconcertado de la población y las rigideces de la centralización administrativa.

La acción de tamaños acaecimientos sociales habla prácticamente por sí sola del inmenso cambio de Colombia en brevísimo lapso, hasta el extremo de romper los parámetros mismos de la sociedad tradicional y de dejar atrás los hechos que explicaban los rasgos distintivos de su específica manera de ser, como la modestia de la magnitud y del crecimiento de nuestra población, su confinamiento en el campo, su resignación a culturas de la pobreza y de la

conformidad, su relativo arraigo excepcional a la provincia natal y su viva inscripción a ella. En otros términos: mientras la Colombia de ayer era la que era por sus pocos habitantes, la Colombia de hoy parece haber roto uno a uno aquellos viejos factores determinantes de la vida colectiva. No somos hoy ya país de pocos habitantes, si no el vigésimo octavo entre todos los pueblos de la tierra, y el cuarto, y muy pronto el tercero, de América Latina, por el volumen de su población. Ni la Colombia rural, bucólica y pastoril de otras épocas, ni el país cafetero montado sobre una armonía notable del desarrollo de las regiones.

B. EL CAMBIO DEL MARCO INSTITUCIONAL

Visto, a grandes trazos, el cambio que acusan las fuerzas actuantes en la vida colombiana, conviene señalar rápidamente las innovaciones mayores que se echan de ver en el marco institucional que les sirve de escenario:

1. En un mundo de cambio social vertiginoso, intensos conflictos políticos y alta incertidumbre, nos ganamos los colombianos la lotería inverosímil de los diez y seis años de estabilidad, continuidad, racionalización de la lucha por el poder y seguridad que representó la vigencia de la política del entendimiento y de los gobiernos compartidos por mandato de la Constitución, con que nos beneficiara el Frente Nacional.
2. Gracias a instituciones y garantías como la paridad en las tres ramas del poder público y la alternación en la Presidencia de la República, cualquiera que fuere la votación y la relación de fuerzas electorales de los partidos asociados, fue posible desmontar los móviles de la confrontación y desalentar y reducir las diferencias que se exaltaran hasta el desbordamiento de la violencia en los años anteriores al Frente Nacional.
3. Hasta tal extremo llegó a operar dicho sistema como instrumento de racionalización del conflicto y condición para el lanzamiento de una vasta política de modernización social, cultural y política, que no sería exagerado decir que *durante él gozamos los colombianos de una especie de "hibernación", o congelación de las tensiones políticas*, con el riesgo de que nos anestesiáramos y embotáramos en nuestros reflejos de adaptación y cambio. Fenómeno que "despolitizó" considerablemente temas que en todas partes se habían inscrito con anterioridad en el meollo de los debates, como son los de las relaciones laborales, la propiedad de los medios de producción, o la orientación del desarrollo.
4. Paralela y simultáneamente se introdujeron variados e importantes factores de cambio en la vieja cultura política colombiana:

a. Se debilitaron los hipertrofiados sentimientos de identificación con los partidos tradicionales que habían provocado el sectarismo y agudizado los diferendos.

b. Se estimuló la visión del partido como organización instrumental destinada a reflejar, representar y servir los intereses y propósitos de un sector social determinado, en contraste con la versión anterior, más próxima a la idea de la secta religiosa, propia de la edad de “lo sacro y lo violento”, con el consiguiente aliento a la relativa movilidad política partidista –intra e interpartidista– que las coaliciones forzosas causaron.

c. Se tomó conciencia de los problemas y las urgencias del país a más largo plazo, no solo por ser ellos más visibles dentro de la continuidad que el Frente Nacional nos suministrara, sino por haberse superado las confusiones emocionales y las subjetividades de partido, con que antes se las contemplara.

d. Se racionalizó la estructura del poder público de conformidad con la razón del desarrollo, que es la razón histórica de nuestro tiempo, creando las condiciones para la institucionalización efectiva de la planeación, como se hiciera, por ejemplo, al despojar al Congreso de iniciativa en materia de gastos y al someter al orden del plan las erogaciones fiscales, así para inversión, como para funcionamiento, quitándole el piso tradicional a la vieja “política de clientela”, en donde las relaciones de los líderes con sus seguidores se inscribían en un marco de amistades y compadrazgos personales y dentro de un sistema de canje de lealtades y adhesiones por servicios específicos de carácter igualmente personal y no programático, casuístico, y no general. Se socavaron, así, los antiguos liderazgos, al privarlos de los medios habituales indispensables para mantenerse, como el auxilio, la beca, el puesto o la prebenda.

5. Con el esfuerzo mancomunado de los dos partidos, entre el plebiscito de 1959 y el presente gobierno*, se recrearon, además, el Estado Colombiano y la estructura de la administración, para conformar un Estado más moderno y modernizante, que según la enmienda constitucional de 1968 ya no es el Estado intervencionista y reglamentario, sino el Estado Promotor y Planificador del desarrollo, ensanchando y cambiando sustancialmente la índole y el alcance de sus funciones y objetivos y renovando fundamentalmente la composición profesional, social, cultural y humana de los nuevos cuadros administrativos.

6. Con las instituciones del Frente Nacional se “perpetuaron” por diez y seis años partidos, centrales sindicales y dirigentes políticos y sociales, con el deterioro anejo al inevitable “desgaste del poder”.

* Se trata del gobierno de Alfonso López Michelsen (1974-1978), primer gobierno post-alternación partidista.

7. La terminación del Frente Nacional representa, por ello, para la Colombia de ahora, algo tan hondo, significativo y perturbador como la caída de Stalin para la Unión Soviética; la muerte de Franco para España; o la desaparición de Oliveira Salazar para los portugueses:

a. El fin de un sistema de seguridad política colectiva, que de hecho logró minimizar las diferencias ideológicas y el forcejeo por el poder.

b. El uso y la fatiga del importante equipo de dirigentes políticos, sindicales, administrativos y cívicos que se desempeñara durante los 16 años de gobiernos conjuntos que acabaron de culminar.

c. El debilitamiento y cambio del sistema político tradicional e inclusive de la cultura política que nos distinguieron en el pasado a los colombianos en el concierto de las naciones.

d. La súbita reapertura del forcejeo de las distintas facciones que se disputan en el mundo de hoy el favor de la opinión, no solo por la eliminación de los factores de desestímulo de la lucha por el poder, que pusiera en operación el Frente Nacional, para desmontar la excesiva beligerancia anterior, sino por el aumento considerable del campo de acción del Estado durante el régimen de las coaliciones constitucionales forzosas que iniciara el Plebiscito de 1959, y la subsiguiente valorización, tanto del objeto mismo de las controversias políticas, como de la necesidad de participar en los grandes procesos decisorios. Con el consiguiente doble aliento de las disputas, así por la desaparición de los limitantes de la pugna, como por la ampliación y diversificación del objeto o contenido mismo del nuevo juego político.

9. Durante el mismo período del Frente Nacional semejan haber cambiado, o haberse agotado sustancialmente, partes fundamentales del equilibrio político tradicional del país, que por haber venido actuando como fuerzas propulsoras de su modernización, habían estado operando como los primeros –si no los únicos– garantes supremos de su relativo progreso en la estabilidad y su relativa estabilidad en el progreso, como eran:

a. La cultura empresarial y la dinámica industrializadora de Antioquia, cuna y raíz del “desarrollo cerrado” de Colombia.

b. La Federación Nacional de Cafeteros y la cultura y la economía del vasto país cafecultor colombiano, base, marco, instrumento, materia prima y (*conditio sine quanon*) del tipo específico de desenvolvimiento político, cultural, económico y social que hoy nos distingue a los colombianos dentro del vasto mundo en desarrollo.

c. La Asociación Nacional de Industriales, motor y herramienta de la articulación de la política de industrialización –urbanización y modernización– inspirada en buena parte en la forzada sustitución de importaciones de la segunda guerra.

El hecho es que durante mucho tiempo Antioquia, el país cafetero y la ANDI tuvieron a su cargo el empuje y la dirección, la coherencia y la cohesión, en muy alta medida, del proceso de transformación cumplida desde la crisis de 1930 en la economía, la sociedad y la cultura colombianas. Papel que cumplieron como si hubieran sido los partidos políticos de la modernización en Colombia, articulando los intereses de sus respectivos sectores con la confianza y la fe de que “lo que les interesaba le convenía al resto de los colombianos”, como podríamos decir hoy, parodiando la ya célebre expresión de Mac Namara sobre los intereses de la General Motors y los Estados Unidos.

Hasta que se agotara, por diversas razones, que luego trataré de señalar más detenidamente, el efectivo potencial del desarrollo cerrado, introvertido e industrialista que esas grandes fuerzas le dieran al país, y dejara de ser cierto el viejo principio fundamental, de que cuanto les convenía específicamente le convenía al resto de la nación. Cosa que se puso de presente con particular evidencia en 1967, al hacer crisis las antiguas bases y apagarse por agotamiento los antiguos motores del crecimiento, no solo por la dramática postración a que descendieran en dicho año los precios del café, provocando con ello el descenso de Colombia al décimo noveno lugar en América Latina por el ingreso de dólares per cápita por exportaciones, sino por el agotamiento de las posibilidades de industrialización dentro de la interpretación restringida del modelo de la sustitución de importaciones de bienes finales, algo que la tradicional estrechez de divisas nos impusiera a los colombianos, al caer a un mezquino 11% las importaciones que quedaban aún por sustituir con la producción nacional, y hacerse obvias las deficiencias e insuficiencias de mercado, de capital, de tecnología, de recursos humanos calificados y hasta de seguridad, organización institucional y capacidad empresarial. Era este el panorama que se nos presentaba para embarcarnos en las nuevas empresas de desarrollo y modernización que el país demandaba, hecho que a mi juicio captó el gobierno del Presidente Lleras Restrepo con singular lucidez histórica, al acometer la apertura y la actualización de la estrategia tradicional de desarrollo y hacerlo con la creatividad, la energía, la dinámica y la eficiencia que sin duda alguna le reconocerá la posteridad, en la conformación del Grupo Andino, la promulgación del Decreto 444, la promoción resuelta del aumento y la diversificación de las exportaciones, el comienzo del replanteamiento de la habitual prelación rígida a la industria frente a la agricultura, y la racionalización del poder público, de la administración y de la organización social, con miras a convertirlos en las nuevas fuerzas propulsoras de las etapas venideras de la modernización.

En síntesis: la Colombia de 1976 vive en buena medida la angustia, la perplejidad, la incertidumbre propias de una crisis de transición de grandes proporciones, por haberse agotado el esquema o modelo y las fuerzas de la modernización que podríamos llamar tradicional, sin que hubieran surgido, hasta el momento, las nuevas fuerzas y derroteros de la modernización siguiente, al menos con la claridad, el rigor, la coherencia, el vigor y la decisión indispensables para asegurarles efectiva vigencia en la orientación del país.

C. LOS INTERROGANTES DE LA MODERNIZACIÓN

Terminado el Frente Nacional, que ciertamente constituye una de las acciones y fases más importantes de la racionalización política, administrativa, económica y social necesaria para el avance de la modernización que se viera paralizada por el impasse de la violencia bajo el viejo régimen de partidos dentro de la antigua cultura, y cerrados los horizontes de crecimiento y cambio del café y la industrialización para el mercado interno, carecemos los colombianos de ahora –1976– de **las respuestas mínimas indispensables** para restaurar la corriente histórica del desarrollo, con la nitidez y la certidumbre suficientes para restablecer la esperanza y la confianza de las gentes en su mejoramiento personal, y rescatarlas del escepticismo y la desesperación que hoy tienden a desmoralizarlas, lanzándolas a uno u otro campo de la descomposición nacional. En mi opinión nada nos urge más a los colombianos que armarnos de las respuestas apropiadas a los interrogantes fundamentales de la nueva modernización:

1. Cuál debería ser el sistema político –el nuevo “Frente Nacional”– capaz de darnos el máximo alcanzable de garantía de seguridad a largo plazo y de eficiencia económica y social, garantía ciertamente insustituible, como lo anotara Galbraith en un conocido ensayo sobre la encrucijada política de la modernización latinoamericana, para pasar de la industrialización por pura y simple *sustitución mecánica* –si no *mecanicista*– de las importaciones de bienes de consumo final, que hasta ahora realizáramos, a: 1) la llamada *industrialización hacia atrás*, para industrializar la extracción y producción de los recursos naturales, materias primas y bienes intermedios y antecedentes de los productos terminados en que aquellos consisten y 2) la *Industrialización hacia adelante*, para aumentar y diversificar los valores agregados en la primera industrialización, elaborando los bienes derivados, cada vez más complejos, que producen las economías más avanzadas. Estas nuevas etapas de desarrollo requerirían mayores inversiones, más conocimientos tecnológicos, mano de obra más calificada y, sobre todo,

más largo tiempo de maduración, por el carácter más tardío e incierto del rendimiento, hasta el punto de que, en contraste con las acciones más modestas y rápidas de la primera etapa industrial, no puedan justificarse y hacerse al amparo de seguridades políticas de corto y mediano plazo.

¿Qué tipo de reorganización constitucional del poder público, de partidos políticos, de planeación, de autonomía, vigor y coordinación de las regiones podría depararnos la mayor cantidad posible de esa seguridad indispensable para el desarrollo?

2.Cuál deberá ser el nuevo esquema de desarrollo destinado a dar orden lógico, cohesión social y continuidad de políticas a los nuevos propósitos nacionales:

a. ¿En qué forma concreta y eficaz será necesario hacer efectiva la mayor prioridad, que a todas luces tendremos que darle a la agricultura?

b. ¿Qué alternativas económica y socialmente comparables al cultivo del café conviene escoger, no solo por el efecto esperado sobre la producción y los ingresos agregados, sino por los de arraigo al campo, empleo permanente, ingreso, generación de divisas y distribución de la propiedad y de la renta?

c. ¿Cómo proseguir, y aún acentuar y acelerar, los progresos realizados en la **apertura y el desarrollo abierto de la economía colombiana**, particularmente el incremento y el cambio de nuestras exportaciones a los distintos mercados del mundo y la integración sub-regional y regional?

d. ¿Qué hacer para preservar y robustecer en la justicia regional el vigor y el equilibrio de las provincias?

En mi opinión, el gobierno del Presidente López ha visto con claridad la necesidad de darle mayor importancia que en el pasado a la agricultura, enderezando con ello una política de desarrollo vieja ya de 40 años, como lo anota el mismo mandatario en la introducción al plan *“Para cerrar la brecha”*¹⁶. También la administración Pastrana fue plenamente consciente de la necesidad de proseguir el proceso de apertura de la economía, y muy especialmente la penetración de los mercados externos que empezara el Presidente Lleras Restrepo. Se perfila así el avance del país en la formación del consenso que a todas luces se requeriría para emprender con paso firme el largo e incitante camino del desarrollo.

16. Véase: *Para cerrar la brecha. Plan de Desarrollo Social, Económico y Regional, 1975-1978*. Ediciones del Banco de la República. 1975.

Mi convicción es que cada momento histórico tiene su visionario, su profeta su guía. Y que si a Antioquia y al país del café les correspondió en gran parte la responsabilidad de conducir la modernización colombiana hasta el momento, **ahora le toca al Valle del Cauca**, que por circunstancias geográficas e históricas claramente establecidas es hoy el primero de los departamentos de Colombia; el de mayor representatividad étnica y social y potencial de influjo, por la condición de crisol y forja de la nueva unidad nacional que le ha asignado el desarrollo abierto y considerablemente diversificado de su economía; el de más diferentes opciones de crecimiento y modernización —a diferencia de Antioquia prácticamente condenada a la sola alternativa industrial—; quizá el más avanzado y variado en su desenvolvimiento agrícola y uno de los más aptos, por su posición y sus recursos, para participar en la creación de la nueva relación que los colombianos de hoy debemos darnos con el resto del mundo. Y a todas luces la más llamada de las provincias de hoy, en nuestro viejo país de provincias, para hacer el más decidido esfuerzo de clarificación y elucidación de las opciones nacionales, con el ánimo de contribuir a darle al país los nuevos horizontes y rumbos de progreso que sin duda está buscando todavía con angustia, en medio de una de las confusiones más graves de cuantas han agobiado a la opinión nacional.

Y que así como Antioquia se preparara y entrenara en las disciplinas y la organización necesarias para poder orientar a los demás, desarrollando una excepcional capacidad para anticiparse a los hechos y para ver las cosas, detectar problemas, descubrir oportunidades y diseñar soluciones en función de los intereses del país en su conjunto, y no solo de los suyos propios, hasta hacer el mayor aporte a la formulación de alternativas para las políticas de industrialización que el país necesitara entonces, y promover activamente la racionalización política que se derivara de la creación del Frente Nacional en Medellín, en 1957, así también el Valle del Cauca de hoy debe aprestarse a asumir un papel activo en la dirección del desarrollo nacional, proponiéndole al resto de los colombianos opciones coherentes de desenvolvimiento agrícola y crecimiento y transformación de nuestras exportaciones en la parte económica, y de medios y modalidades suficientes de desarrollo político y social, para dotar a la economía del contexto y el tiempo propicios que requiere, como los seres vivos del oxígeno, para sobrevivir y desenvolverse. Colombia necesita esa orientación que nadie más puede darle. Los vallecaucanos tenemos los recursos humanos, tecnológicos, institucionales y materiales y la experiencia suficientes para realizar los esfuerzos que nos permitan asumir semejante compromiso con la discreción y la responsabilidad que son esenciales para el éxito de ese tipo de empresa.

Mientras se realizaban y agotaban en el país las dinámicas del crecimiento cerrado, hasta llegar a la crisis señalada, fue desenvolviéndose el Valle del Cauca dentro de una cierta, relativa “autonomía”, en relación con los

esquemas dominantes en el desarrollo nacional, y bajo una especie de *modelo propio*, considerablemente más *abierto, diversificado* y sectorial y regionalmente *equilibrado*, que el que se siguiera en el resto de la nación. Procesos ambos que semejan haberse cumplido paralelamente, hasta el punto de que coincidan hoy, por una parte, el agotamiento de las fuerzas del desarrollo cerrado de la industrialización de la sustitución de importaciones de bienes de consumo final y la llegada al límite del máximo de posibilidades de expansión y cambio de dicha concepción y, por otra parte, la maduración de la experiencia vallecaucana y el logro de todo cuanto podría tratar de obtenerse por esta vía a la modernización sin el concurso resuelto del Gobierno Nacional, esto es, sin cambiar la estrategia misma del desenvolvimiento general del país, por la otra. Diríase que el encuentro de esos dos agotamientos —el del desarrollo cerrado, por un lado, y el del desarrollo abierto a escala de una provincia, por otro— es lo que coloca definitivamente al Valle del Cauca y al resto del país en una relación fundamental sin precedentes.

Colombia no puede seguir desarrollándose y modernizándose, sino abriendo su economía, su sociedad, su cultura, y dándole a la agricultura y a la industria, al campo y a la ciudad, ya los diversos centros locales, parecido tratamiento al que se le diera dentro del modelo vallecaucano del desarrollo; pero el Valle no podría continuar avanzando, si no se consagrara su propio modelo en las políticas nacionales. En otras palabras, Colombia y el Valle necesitan *nacionalizar* el esquema vallecaucano de cambio y de crecimiento. Hasta el punto de que, así como antes pudieron decir los antioqueños, los cafeteros y los industriales de la sustitución tantas veces mencionada que cuanto a ellos interesara le interesaba al país, hoy podemos —y debemos— pensar y decirnos los vallecaucanos que lo que más nos urge y conviene a nosotros es precisamente cuanto más urge y conviene a Colombia, y viceversa, cuanto ésta logre avanzar en el hallazgo, la institucionalización y la consolidación del desarrollo nuevo facilitará precisamente la continuación del desenvolvimiento vallecaucano. *Vallecaucanizar* a Colombia, para abrirla a los requerimientos de la nueva etapa de la transformación nacional, y *Colombianizar* el Valle del Cauca, para darle la visión, la proyección y el respaldo nacionales que sus empresas y oportunidades básicas necesitan, estas serían las tareas históricas del momento para el binomio de la nueva ecuación fundamental para el equilibrio dinámico del país en el futuro. Las frustraciones del presente y la historia de mañana no nos perdonarían que dejáramos de cumplir tamaña obligación.

Tengo la ilusión de que las precisiones que siguen sirvan para ayudar a ver más claro el por qué, el para qué, y el cómo del arduo pero hermoso deber vallecaucano del momento histórico que nos tocara en suerte. Y sobre cuyo cumplimiento tendremos que dar cuenta a los colombianos de hoy y de mañana, y no solo a nuestros propios vecinos de tiempo y lugar, dentro de nuestra propia y querida parcela vallecaucana.

CAPÍTULO II

EL PAPEL DE ANTIOQUIA EN EL DESARROLLO COLOMBIANO

Bastan unas cuantas “tomas” sobre la historia de nuestra incorporación al mundo moderno para reparar en la magnitud y la significación, ciertamente excepcionales, del papel de Antioquia en el desarrollo y la modernización de la cultura, la economía y la sociedad colombianas.

A. En contraste con la mayor parte de los países latinoamericanos y, en general, del llamado Tercer Mundo, se ha distinguido el nuestro por el relativo aislamiento, “ensimismamiento” o “intraversión” de la cultura, y el cierre considerable de su desenvolvimiento histórico. La distribución de la población en el territorio, concentrada en las vertientes más altas del interior, de espaldas a los dos mares que, a ojos del extranjero, constituyen su mayor privilegio, la muy escasa participación del capital privado extranjero, las muy pocas corrientes inmigratorias, en fin, parecen ser buenos indicadores de dicho rasgo fundamental.

B. Colombia es el único de los países grandes de América Latina – Argentina, México, Perú, Venezuela, Chile– que no ha desarrollado su economía y modernizado su cultura sino con sus propios recursos, como salta a la vista en la modestia del peso que han tenido y siguen teniendo todavía los aportes demográficos, culturales, tecnológicos y financieros del exterior al desenvolvimiento nacional.

C. El proceso de desarrollo “cerrado”, característico de Colombia, no podría explicarse, ni entenderse, y sin duda alguna no se hubiera realizado, sin el concurso singular de Antioquia:

1. Fue en Antioquia dónde, por diversas razones históricas y geográficas, como la falta de población indígena y negra, susceptible de ser explotada, la dureza, pobreza y aislamiento relativos del suelo y la revolución social de Mon y Velarde en el Siglo XVIII, se creó *el único culto al trabajo y la sola cultura empresarial*¹⁷ con que hemos contado los colombianos para realizar la modernización. Lo contrario de la mayor parte del resto del país –si no de su totalidad–, dónde por razones históricas y condiciones ambientales inversas, florecieran culturas de la explotación, la servidumbre y el deterioro y envejecimiento del esfuerzo personal; la pasividad, la desconfianza y la insolidaridad, impropias, si no abiertamente hostiles, a la modernización.

2. Gracias a esos rasgos peculiares, los antioqueños se convirtieron en la “punta de lanza”, la vanguardia o la cabeza directiva del desenvolvimiento del país:

Tomando posesión, primero, de su propio, vasto y difícil territorio.

17. Ver, entre otros, las obras teóricas de los recopiladores ya clásicos de las leyes de la modernización, como Parsons y Norton y sobre todo, David McLelland (*The Achieving Society*) y trabajos empíricos sobre la modernización colombiana, como: La Moral Protestante de los Antioqueños de Luis H. Fajardo.

Realizando la formidable “epopeya del Quindío”, que le diera al país la Antioquia ensanchada, que tan rico apoyo político, cultural, económico y humano ofreciera al progreso nacional.

Creando la industria, las instituciones, la cultura y la economía prodigiosas del café, sin cuya muy peculiar y variada contribución a la construcción nacional no hubiera podido concebirse, siquiera, la índole específica de muchos desarrollos políticos, sociales, económicos o culturales de Colombia¹⁸.

Forjando las primeras empresas y dando los primeros pasos de la *industrialización* cerrada, inspirada en el ideal de la sustitución de las importaciones para el mercado interno, primero porque había que producir en el país lo que no podía seguirse importando por la interferencia de la guerra; luego, por el industrialismo rampante de las incipientes ideologías del desarrollo; y, prácticamente, siempre, por la desfalleciente disponibilidad de dólares que nos diera el café.

Colonizando las más diversas áreas del país, para incorporarlas al estrecho mapa inicial del desarrollo y la cultura empresariales que nacieran en la montaña Antioqueña.

3. Al endurecerse los rasgos del modelo de la sustitución de importaciones, la industria y la economía antioqueñas se vieron “sobreprotegidas” por infranqueables –y a menudo infinitas– barreras arancelarias y no arancelarias, y favorecidas en exceso por los ingentes subsidios y transferencias de ingreso de la agricultura y el resto del país, que de manera implícita, pero inequívoca y cierta, se recaudaban en ellos, en beneficio de los productores de la Montaña, lo cual pudo haber atrofiado el viejo espíritu creativo y competitivo de la primera Antioquia.

4. Al extenuarse el potencial de desarrollo del café y la industrialización cerrada e introvertida se hizo perentorio el imperativo de encontrar nuevas vías de desarrollo, como las que de hecho han venido buscando con desesperación los gobiernos de los Presidentes Lleras Restrepo, Pastrana y López Michelsen, partiendo del estatuto cambiario; el cambio fluctuante y el CAT y la creación de Proexpo, para la promoción de las exportaciones; y pasando por el establecimiento de “las unidades de poder adquisitivo constante” y el lanzamiento de la estrategia de la construcción bajo el Gobierno anterior; y el enfático hincapié puesto en el desarrollo agrícola por la presente administración.

18. Véase: Nieto Arteta, L. E. *El Café en la Sociedad Colombiana*. Breviarios de Orientación Colombiana No. 1, Bogotá. Litografía Villegas, 1958.

5. Quizá por ese cambio fundamental en las prelacións nacionales que por cierto semejan deparar, desde largo, mayores opciones de crecimiento a departamentos mejor dotados que Antioquia de las ventajas comparativas de mayor importancia para el goce de las nuevas prioridades, y por el acelerado “desmonte” de las murallas arancelarias y extra-arancelarias y subsidios cambiarios, crediticios, tributarios, y de precios que durante largos años beneficiara a los antioqueños, diríase que se fue trocando en ellos la antigua mentalidad de *anticipación* y el *tradicional sentido del otro* —el altruismo—, características de los que van guiando adelante, de los líderes, por una mentalidad de *reacción* a los hechos creados por los demás, una actitud crispada de *defensa* y una sensibilización exagerada a sus propias, exclusivas —¿y excluyentes?— urgencias e inseguridades, hasta canjear la viejísima y ya proverbial inclinación a tomar la iniciativa y asumir la responsabilidad de la búsqueda de soluciones y la articulación de propósitos de interés nacional, por el encogido afán de aislamiento y autoprotección que se acusa en el inusitado *slogan* de “la Antioquia Federal”. Que parecería el nombre de una retirada de la Antioquia clásica, emprendedora, misionera y realizadora de vocación y oficio; heredera del genio fundador y la pasión civilizadora de la España imperial, hasta el extremo de convertirse, para buena parte de nuestras provincias, en la verdadera “madre patria” de su nacimiento al mundo moderno.

Repliegue que es, por cierto, rico en enseñanzas, pues si el altruismo y el prurito de anticipación e iniciativa de la Antioquia modernizadora la llevaron, como dijera Monsen de la formación del Imperio por Roma, a desarrollar una gigantesca capacidad de *inclusión* o —como él la llamaba— de *incorporación* de los pueblos que a la postre se le subordinaron al adherir a ella, (subyugados por la fascinación de los propósitos comunes sugestivos que los romanos supieron tejer y desplegar, como una bandera atractiva, a los ojos de los demás), el encogimiento para pensar por reacción a las situaciones planteadas por los otros y ponerse por entero a la defensa propia, reaccionando contra las acciones ajenas, tendió a apartar a los líderes de antes de sus antiguos seguidores y a generar ese difuso y terco sentimiento de *exclusión* y repudio, que inevitable y sutilmente tienden a suscitar los movimientos inspirados exclusiva o excesivamente en la obsesión egoísta de la propia supervivencia, y al cual suelen provocar y alimentar los ataques o los retos del medio a las condiciones más específicas de la existencia individual concreta de que se trate.

6. Obviamente la crisis actual de Antioquia no constituye para ella sino un momento transitorio de dificultad y perplejidad, mientras recupera su viejo vigor proverbial para readaptarse, con la creatividad de siempre, a las exigencias y características peculiares de la nueva etapa del desarrollo nacional. Reacción que de seguro no demorará demasiado tiempo en producirse, dada esa inmensa vitalidad antioqueña, que con razón hiciera exclamar a Don Tomás Carrasquilla en el momento de morir, después de

haber consagrado su larga y activa vida a la búsqueda, el escrutinio, el goce y la expresión de las riquísimas fuerzas de su pueblo: “Antioquia!, Antioquia! Antioquia!: Nadie sabe lo que es Antioquia!”

7. No obstante, mientras los antioqueños superan el menoscabo de su antigua situación de relativo privilegio, aprenden a vivir e influir como *primus inter paribus* de otras provincias fortalecidas en y por el desarrollo nacional alcanzado hasta ahora, y avancen en el aprendizaje de las oportunidades nuevas de la hora, será grande y peligroso su vacío en la compleja estructura del poder y la dirección de la sociedad en Colombia, y a todas luces apremiante su sucesión en la orientación nacional. Nuestro país no sería cuanto hoy es sin el equilibrio, excepcionalmente robusto y vigoroso, de las diferentes regiones que lo conforman. Como no tendríamos armonía alguna sin Antioquia, ni la estabilidad a largo plazo, (que sin duda nos distingue en el sub-continente de la inestabilidad), sin el enorme e irremplazable concurso del equitativo progreso de las secciones, si Antioquia no nos hubiera acompañado a diversificar y compensar la personalidad, los intereses y los valores de la nación.

Otro hubiera sido, y sería, ciertamente, el destino de Colombia, sin el complejísimo y equilibradísimo sistema de pesos y contrapesos impuesto por el vigor y la diversidad de tipos, necesidades, aspiraciones, creencias y propósitos variados de las diferentes regiones del país; el laborioso juego de alianzas y transacciones que demanda para poder tomarse una decisión de alguna importancia y proyección sobre el conjunto y su futuro a largo plazo. Si es la nuestra “tierra estéril para la dictadura”, como tantas veces se ha dicho, ello se debe más a la fuerza de las provincias, (la necesidad de negociar, la imposibilidad de que alguien “se tome al país” como sucede en otras partes, por el sólo hecho de apoderarse de la capital incontrastada e incontrastable), que a la existencia de dos partidos históricos profundamente arraigados, es cierto, en el alma popular, pero desorganizados e incoherentes en su acción política. Hasta el punto de que por lo pronto no haya literalmente cómo sustituir esa enorme primera fuerza equilibrante, estabilizadora e “institucionalizante” que hasta ahora representaran las diferentes secciones y puntos del país.

CAPÍTULO III

¿POR QUÉ EL VALLE DEL CAUCA?

A. RAZONES Y FACTORES DE LOS LIDERAZGOS ANTERIORES

Con el ánimo de establecer sin ilusiones las ventajas y las desventajas, las facilidades y las dificultades, las oportunidades y las limitaciones y obstáculos con que cuenta el Valle del Cauca para asumir la responsabilidad del comando del desarrollo económico y político de los colombianos en el momento actual de nuestra evolución, es necesario, a mi juicio, esclarecer con mayor cuidado y precisión las condiciones específicas principales que les permitieron ejercer la ostensible y grande influencia que hoy se les reconoce, en la propulsión y orientación de la modernización nacional, a las regiones y los sectores que nos antecidieran en tan delicado liderazgo, a fin de poder deducir, con parte, al menos, de la nitidez deseable, las acciones indispensables para el desempeño de tan compleja función.

De allí que sin pretender profundizar en el tratamiento del tema, cuyas cuestiones y factores primordiales no podrían debatirse a fondo sino a través de los extensos, intensos y prolijos trabajos que a todas luces se requerirían para dar cuenta de la esencia misma de uno de los procesos de modernización más peculiares e interesantes de la historia universal del desarrollo moderno, cual es, sin duda, el de Colombia, conviene inventariar, en mi opinión, así sea a la carrera, algunas de las causas últimas (o primeras, en el orden de la causalidad) del papel sin igual de Antioquia en general, del país cafetero y de las autoridades y las instituciones gremiales del café y la industria manufacturera en las etapas iniciales de nuestra transformación económica y social, a la cual bien podríamos llamar nuestra primera industrialización para tratar de señalar, después, las condiciones necesarias –ante la imposibilidad de indicar también las suficientes– de su excepcional influjo sobre la opinión:

— El cambio social, cultural, económico y político en Colombia ha contado, desde luego, con el concurso de personalidades de todos los confines del país y la participación, entusiasta y destacada, de las diferentes provincias de nuestro territorio. Cada una de las cuales pudo verter su propia contribución característica, su matiz, su manera singular de ver el mundo y de vivirlo, en la cultura y el desarrollo del conjunto.

— No obstante, han descollado en la promoción y orientación de ros variados y complejos procesos de dicho cambio en Colombia: en primer lugar a la Antioquia posterior a “la Revolución Conservadora” de Mon y Velarde y no de la “pobre y perezosa” que ese agudo y visionario funcionario de la Corona encontrara, vegetando, apenas, en el virreinato durmiente de la Nueva Granada del Siglo XVIII. En segundo lugar, el país vivo, enérgico y dinámico de la zona cafetera, que creara en tomo al grano, y con él, el primer mercado nacional, y nos dotara del primer “excedente

económico” sustancial y de regular poder de compra internacional de los primeros elementos de la modernización. Y también los intelectuales de las clases medias de Bogotá, tal vez por la tradición formada por la aristocracia burocrática, o la élite administrativa del antiguo asiento virreinal, preocupados y ocupados en los asuntos, negocios e intereses de “la cosa pública”; como también el dominio del Derecho y el conocimiento de las ideologías modernas. Aportes éstos que, a pesar de su peso sustantivo en la gestación de la nación, no podrían explicar por sí solos (y mucho menos tomándolos por separado) rasgos ciertamente distintivos del perfil más propio, individual y menos confundible de Colombia en el concierto latinoamericano, en rigor ininteligibles sin el concurso de otros ingredientes provinciales. Es el caso del sentimiento específico del país como nación “mestiza, mulata y tropical”, (según la hermosa definición del ex-presidente López Pumarejo, en su célebre oración testimonial y testamentaria, en el aula máxima de la Universidad Nacional, en las postrimerías de su vida pública), incomprensible sin la presencia, la vivencia y la sensibilidad de las dos costas. El sentido del honor y cierto y vago apetito de grandeza, sin la participación de las aristocracias de todas las clases y estratos sociales del Cauca grande, el sentimiento aristocrático de la vida de manizalitas y cartageneros y las culturas heroicas que florecieron en Popayán y Santander. O la abnegación en el trabajo, la frugalidad en el vivir cotidiano, y aún la disposición –si no también el apego– al sacrificio, sin Nariño y Boyacá.

Contribuciones estas que desde luego son invaluable en la configuración de la personalidad histórica y cultural de la nación colombiana, y que sin duda explican formas, matices, estilos específicos de la modernización nacional, y aún de la imagen de la Colombia de hoy. Pero son factores que en último término no parecen haber actuado como determinantes de la modernización realizada, por haberse desempeñado como fuerzas o agentes modernizadores o modernizantes de la vida y dinámica del conjunto. En otras palabras: si nos hubiéramos confiado al ímpetu de su sola capacidad de arrastre en las corrientes del progreso, muy probablemente sería hoy nuestro país más coloreado en tintes culturales, aunque quizás más homogéneo, coherente, estable y tranquilo pero también más tradicional, pobre y atrasado en la línea del progreso predominante en el mundo, cada día más integrado, de nuestros días. Como de no haber contado con la contribución y el papel de los factores decisivos antes anotados, muy probablemente no hubiéramos podido lograr exactamente igual tipo o género de modernización (v. gr. los del desarrollo cerrado o introvertido), quedando en el misterioso, inescrutable reino de lo posible la modalidad particular de la forma sustituta de modernización más probable, y desde luego la índole e identidad de los fuerzas propulsoras sustitutivas, el ritmo del desenvolvimiento y el sentido, los logros y los alcances, dificultades y frustraciones y urgencias de los nuevos desarrollos.

A guisa de ensayo de esclarecimiento de los factores determinantes de tales liderazgos, o al menos concurrentes a ellos, o coincidentes con su formación, me limito a esbozar algunos de los más importantes:

1. Factores del liderazgo antioqueño

En el caso de Antioquia se han indicado por los estudiosos:

a. El relativo aislamiento de la sociedad antioqueña, favorable, en principio, a la lenta y progresiva configuración y maduración de una cultura —o enclave económico y cultural— comparativamente homogénea.

b. La dureza y pobreza del medio ambiente, y la consiguiente magnitud y rigor del reto planteado por él a sus pobladores, con la subsiguiente cohesión y disciplina de la comunidad, aflojadas en otras partes por la generosidad de los suelos o la abundancia y disponibilidad de los recursos existentes.

c. Las considerables homogeneidad étnica e igualdad social de los colonizadores españoles, debido no solamente a su origen cultural y geográfico, sino a la falta de fuerzas perturbadoras de tales características, como fueran las burocracias y aristocracias, oficiales y eclesiásticas, en los lugares donde se concentraran y asentaran, por exigirlo así la organización política y administrativa de la colonización, como ocurriera en los asentos de los principales poderes y agentes de la conquista, así en Santa Fe, como en Popayán, Cartagena y Tunja.

d. La ausencia de masas indígenas y negras disponibles para la apropiación, la explotación y la servidumbre, y la consiguiente imposibilidad de montar la vida económica y social sobre una de las muchas versiones de las culturas y sub-culturas de la dominación de los señores sobre los siervos, la búsqueda y exaltación del ocio y el desprecio, la degradación o envilecimiento del trabajo, que proliferaran en la sujeción de la América Hispana a la caída del orden señorial. Condición ésta de suma importancia para la creación de la sociedad de mentalidad y valores igualitarios, de relativa igualdad de oportunidades y de notorio culto al trabajo que sin duda requiere la cultura empresarial, altamente competitiva e intensamente centrada sobre *la necesidad de logro*¹⁹ que ha constituido la base de los grandes procesos de desarrollo económico, en general, y muy especialmente de los realizados dentro del marco de la llamada economía descentralizada de mercado.

19. Cfr. McLelland, David. *The Achieving Society*. Princeton. Van Nostrand, 1969.

e. La profunda “reestructuración” de la sociedad tradicional de Antioquia por la reforma social de Mon y Velarde, reorganizando, entre otras cosas, la antigua estructura de la tenencia de la tierra, para multiplicar el número de los propietarios y asegurar una mayor igualdad de oportunidades entre los miembros de la comunidad, con la consiguiente promoción y fomento de las condiciones propicias a la competencia de los mismos y a la formación de una *personalidad básica* más próxima a la del *entrepreneur* que constituye el *héroe* social de las culturas empresariales volcadas sobre la aspiración al desarrollo económico y social.

f. Según diferentes autores, la conformación del papel de promotor del desarrollo económico, político y social del país desempeñado por el pueblo antioqueño en la modernización colombiana, se habría debido, totalmente, o en parte importante, a otros hechos, como:

1°. El origen de la “nación antioqueña”, judío, conforme a unas versiones; o vasco, según otras.

2°. El desvío y discriminación con que el resto de la opinión pública nacional, y particularmente la élite más formal, aristocrática y extranjerizante de la sociedad santafereña, habría contemplado a los antioqueños, suscitando en éstos la general voluntad de afirmación de sí mismos que los habría llevado a realizar las grandes hazañas del desarrollo como prueba de su idoneidad.

3°. El tradicional peso y arraigo de la actividad minera y el entrenamiento masivo en la disciplina y consagración en el trabajo, el sentido del riesgo, el hábito del ahorro y el conocimiento de los mercados externos y el *animus societatis* que dicha actividad impone, por la particular dureza de sus condiciones de operación, la alta incertidumbre de sus resultados y la especial significación del exterior en el destino de los bienes difícilmente arrancados al suelo.

g. La creación y el desarrollo de instituciones integrantes, o integradoras de notorio vigor, como son la sociedad anónima, las empresas públicas municipales, la administración oficial, la escuela pública y aún el establecimiento de tarifas y tasas suficientes para la expansión de los servicios, esenciales al bienestar y el progreso de las comunidades modernas, con el consiguiente cultivo del sentimiento de identidad, pertenencia, interés e incluso de compromiso respecto a las metas, objetivos, prioridades e instrumentos del desarrollo, que semeja distinguir el pueblo antioqueño en el contexto nacional.

Factores que sin duda crearon en Antioquia el consenso de la modernización que constituyera en buena parte “el punto de arranque” del desarrollo “cerrado” que caracteriza al desenvolvimiento de Colombia, y que muy

probablemente proveyeron a los empresarios y dirigentes antioqueños de un respaldo excepcional de su pueblo que parece haberles servido de piso sólido para montar sobre bases firmes y claras su influencia nacional. Como podría confirmarse, entre otras posibilidades, mediante el examen de las implicaciones y los alcances “macro-sociales”, culturales y políticos de las diferencias de fondo de la “sub-cultura” antioqueña con las de las demás provincias del país, de las constataciones empíricas hechas por Aaron Lipman²⁰, con la aplicación de métodos científicos, en el escrutinio de las actitudes y aptitudes de grupos de empresarios de Antioquia, el Cauca y Bogotá, según las cuales los empresarios de las dos últimas áreas socio-culturales registraban altos índices relativos de “neurotización”, en comparación con los de extracción antioqueña. Hecho que, conforme al mismo investigador, reflejaría la situación vital del *entrepreneur* y la posición y valor del comportamiento empresarial dentro del contexto propio de los marcos culturales a los cuales pertenecen, pues mientras el empresario antioqueño no solo se inscribe dentro de la escala de valores de su cultura, sino que se siente realizándolos, hasta constituirse en héroe cultural de la misma, en la medida en que logre alcanzar las pautas de conducta fijadas en el modelo de acción de “la personalidad básica” de su cultura, desplegando, precisamente las capacidades y energías empresariales exaltadas por su sociedad, los empresarios de Bogotá y del Cauca vivirían en agudo y hondo conflicto con los patrones de sus respectivas culturas, más como lo que los sociólogos llaman “desviados”, que como realizadores del tipo ideal de personalidad y comportamiento preconizado por el orden social.

Guardadas las debidas proporciones, podríamos decir que, así como se dieran en la sociedad norteamericana, semejan haberse dado hasta el momento en Antioquia el cultural y las instituciones sociales integradoras indispensables para asegurar la vigencia del empresario como prototipo del actor o protagonista que la sociedad sugiere a sus miembros, la legitimación y racionalización de la competencia, la creación progresiva de un sistema de educación y salud públicas y seguridad social que garantice una creciente igualdad de oportunidades que el régimen requiere esencialmente para poder funcionar con la eficiencia económica y social demandada y la conformación y operación de los mecanismos imprescindibles de integración social en la participación activa (ahorro y capitalización, formación y difusión de las innovaciones, adopción de las decisiones sociales en los procesos del desarrollo) y pasiva (en el goce o usufructo de los resultados del crecimiento); y en la identificación con los líderes de los diferentes sectores de la comunidad por compartir metas, propósitos y objetivos, e incluso prelacones, medios y estrategias en líneas generales. En suma, conformando lo que podríamos llamar una *sociedad de consenso para el desarrollo*. Es este un caso basado en ese

20. Véase: Lipman, Aaron. *El empresario bogotano*. Bogotá, Sociología Universidad Nacional – Tercer Mundo, 1966.

entrepreneur, en quien viera Schumpeter “el motor del desenvolvimiento”, donde la cultura del trabajo, la relativa igualdad de oportunidades, la mayor equidad comparativa en la distribución de la propiedad y el número y el vigor de las instituciones y las instancias disponibles para la participación y la integración a todas luces se ha dado en Antioquia, proveyendo a sus orientadores de una capacidad de influencia ciertamente excepcional en nuestro medio. Hasta el extremo de que hubieran podido erigirse en primera línea de la modernización nacional.

2. Factores de liderazgo cafetero

El liderazgo de los dirigentes cafeteros en el mismo proceso de modernización cerrado o “auto-mantenido” parece haberse originado igualmente, a su turno, en una no menos diversa, abigarrada y compleja confusión de factores económicos, políticos, sociales y culturales, entre los cuales sobresalen:

a. Primer producto colombiano con posibilidades y perspectivas serias de exportación cuantiosa, creciente y estable, dadas las ventajas comparativas del país y las demandas mundiales del grano, el café representa la primera esperanza cierta para el país, después de los fracasos y las frustraciones que para él representarían el añil y la quina, de hacerse a una sustantiva y dinámica capacidad de compra internacional, con el consiguiente poder adquisitivo de los bienes y medios indispensables para la modernización económica y social de la nación como elementos de la infraestructura mínima requerida para la inversión productiva privada; los equipos productivos o bienes de capital propiamente dichos y las materias primas imprescindibles en todo proceso de crecimiento de la formación de capital, la producción, el empleo y el ingreso y por consiguiente la demanda y el nivel de consumo y bienestar de las gentes.

b. En virtud de las grandes, evidentes y reconocidas ventajas comparativas del país en el mundo cafetero, la colocación masiva de café nacional en el exterior constituyó la primera oportunidad de Colombia para acuñar lo que algunos autores llaman un “excedente económico” (esto es, una masa sobrante de recursos una vez cubiertos los costos de la supervivencia social), ciertamente indispensable para romper los círculos obsesivos de los equilibrios automáticos tradicionales (crecimiento del volumen y de las necesidades y aspiraciones de la población prácticamente congelado al mismo nivel de los recursos y las técnicas socialmente disponibles para la producción, uso y consumo de los bienes, virtualmente incambiables e incambiados a corto y mediano plazo, y muy poco y muy lentamente en el largo) y desatar las dinámicas y procesos propios de la sociedad moderna contemporánea, montada sobre una cultura del cambio “institucionalizado” y el equilibrio dinámico e inestable, en renovación permanente, de población, necesidades, técnicas y recursos.

c. Gracias a las condiciones ecológicas de buena parte de los suelos colombianos, y a variadas razones y hechos históricos conocidos, entre los cuales parece destacarse el empuje y la ampliación del cultivo y la cultura del café por los pioneros y arrieros empresarios de la Antioquia misionera y emprendedora que antes esbocé, como en la ya célebre “epopeya del Quindío”, espléndidamente descrita por Juan Lozano y Lozano en alguna ocasión, pudo dedicarse al grano la mayor porción del territorio poblado del país, creando en alta medida en torno a él, y por primera vez en nuestra historia, una unidad y un mercado verdaderamente nacionales, e incluso una viva dinámica de integración nacional en todos los órdenes de la vida, en una nación tradicionalmente fragmentada en los pequeños reinos feudales, autarquías provinciales y provincianas y sub-culturas incomunicadas que la historia creara y que mantuvieran las dificultades del relieve, prácticamente invencibles hasta nuestros días, como se viera en los tumultos recurrentes de las contradicciones de los particularismos, regionales, que constituyeran el fondo y el tejido de muchos de los conflictos y enfrentamientos civiles del Siglo XIX.

Diríase que desde la caída, del poder aglutinante de la Corona no había surgido entre nosotros una fuerza de tanta capacidad y vocación unificadoras, como las que con justicia exaltara luego el agudo analista Luis Eduardo Nieto Arteta, hasta el punto de llegar a contener, racionalizar, reducir y controlar la dinámica de atomización y dispersión desatada con el colapso de la monarquía y la sustitución de la fórmula del “Estado fuerte” de la prehistoria precolombina y de la historia abierta por la España “misionera, autoritaria y socializante”, descrita en sus ensayos por Alfonso López Michelsen e Indalecio Liévano Aguirre: esa sociedad de las incongruencias entre “la constitución política escrita” y “la constitución social no escrita”, a que dieran lugar la adopción del “Estado gendarme” del liberalismo, según las versiones de Francia y los Estados Unidos y “la stirpe calvinista” de las instituciones tomadas en préstamo de los países avanzados del momento para acelerar el tránsito hacia nuestra propia modernidad.

d. La circunstancia de que la hazaña de la toma del territorio nacional por el café se hubiera cumplido en altísima medida como una realización antioqueña y la ausencia de poblaciones disponibles y condiciones favorables a la instalación de la industria del grano sobre relaciones envilecedoras del trabajo, como las de la servidumbre, o la esclavitud, explican que en buena parte se hubiera constituido la vasta y variada sociedad del café como una nueva versión de la cultura empresarial originaria. Desde luego más ancha, más abierta, agrícola y orientada a los mercados del mundo, y no ya industrial y montada sobre su propio e indefenso consumo cautivo.

e. La distribución inicial de la tierra y la imposibilidad de la mecanización de su explotación en la actividad caficultora explican la excepcional densidad laboral permanente, el arraigo de la familia, el amplio poder distributivo del ingreso y la considerable equidad relativa en el reparto de la propiedad y de las entradas del campo que distinguen a la industria del café. Esta se convirtió en base del fortalecimiento del desarrollo, al proveerlo del estímulo insustituible de las vigorosas demandas que generan tales condiciones, primer elemento estabilizador del orden social y atmósfera propicia para la democracia más dilatada que haya florecido en Colombia; y principal alimento de la confianza pública.

f. Debido a la extensión y complejidad del “país cafetero”, y al número, la pequeña dimensión media y modal y la dispersión de las empresas caficultoras, fue perentorio crear, mantener y desarrollar el primero y más grande, completo y complejo de los sistemas institucionales que se hayan organizado en nuestra historia para la articulación de los intereses de un sector de la producción dentro de los propósitos nacionales, y la concertación de los esfuerzos privados con los oficiales en la dirección indicada para alcanzarlos, con la participación más completa y equitativa de los productores, individualmente considerados, en la vida gremial. Con la consiguiente configuración del consenso y el apoyo eficaz, que sin duda han contribuido poderosamente a dotar a los dirigentes cafeteros de la más efectiva capacidad de predominio en la orientación y la propulsión de los procesos del desarrollo económico y la modernización social que registran nuestras crónicas. Hasta el punto de hacer de la Federación Nacional de Cafeteros la institución clave en la integración de las energías nacionales en las más variadas empresas de “la industrialización cerrada”, inspirada en la sustitución de las importaciones de bienes de consumo final tradicionales, y la máxima presión para la continuidad de las estrategias y tácticas adoptadas, asumiendo a menudo funciones más propias de los partidos políticos, y aún del Estado mismo, que de los gremios de la producción propiamente dichos.

El hecho es que muy poco –si algo– de cuanto es hoy Colombia en el concierto de las naciones podría explicarse sin el café, como lo anotara alguna vez el famoso Alejandro López, I.C. Desde el desarrollo cerrado o autónomo, el vigor y equilibrio de las más variadas provincias, la unidad en la pluralidad de la nación y la relativa estabilidad social y política, hasta el alto grado comparativo de autenticidad, de arraigo, de vida, de vigencia y de fuerza que ostenta nuestra democracia en el siempre vacilante y precario estrecho mundo democrático en desarrollo y las peculiaridades específicas que sin duda nos destacan en la vasta y agobiada geografía cultural del atraso, es imposible exagerar cuánto debemos los colombianos de ayer, de ahora, de mañana y de siempre, al grano inverosímil. Así en el bien como en el mal.

3. Factores de liderazgo de los industriales

Profunda, entrañable, inextricablemente ligados a los hechos concurrentes a los liderazgos señalados, se registraron los que conformaron el indudable e incontrarrestable imperio de la *élite* industrial en la dirección del resto del país por los cambiantes caminos del desarrollo:

a. Así como la dinámica de la producción cafetera se inscribía en el esquema de la especialización de “los países en vías de desarrollo” en la elaboración de bienes primarios, dentro de la división internacional del trabajo que según los clásicos debían fijar las ventajas comparativas de los diferentes espacios económicos del mundo, la industrialización de emergencia y “el industrialismo a ultranza” que se ponen afanosamente en marcha a partir de 1930 se vieron decididamente alimentados e impulsados por la coyuntura mundial, al quebrarse de hecho el orden económico internacional montado sobre la citada división del trabajo, primero por la crisis del mismo año, y luego por la segunda guerra, al dejar sin la capacidad de producción exportable habitual a los países industriales.

b. En efecto, ante la imposibilidad de continuar adquiriendo los bienes manufacturados indispensables de manos de los países proveedores tradicionales, súbitamente diezmados por la depresión o literalmente comprometidos por completo a la fabricación de “material de guerra”, se hizo forzoso tomar el camino del nacionalismo industrial, o la industrialización nacionalista, desempolvándose para ello las olvidadas fórmulas de List para la creación de la industria en la nación moderna, dándole la múltiple “legitimación” de lo necesario y aún apremiante, como era la urgencia de asegurarse las manufacturas que antes se importaran, y de lo deseable y conveniente que resultaba el nuevo empeño para el desarrollo de los países. Justificándolo así desde el ángulo de la nación por levantar, como también desde el punto de vista internacional, primero por la citada intercepción del intercambio clásico; luego, por el deterioro de los términos de intercambio, debido al exceso de la oferta de bienes primarios acumulada y a la lentitud relativa de la recuperación de la demanda por la limitación forzosa de la economía de guerra impuesta por la lógica de la confrontación mundial, y por la honda prostración de los ingresos en los países de mayor capacidad tradicional de consumo.

c. A consecuencia de tales hechos se configuró un complejo sistema de medios para la acción compuesto de:

- (1) Una especie de ideología de la industrialización;
- (2) Modelos o esquemas para la estrategia del desarrollo de la industria,

como fueron los de la sustitución de importaciones de los bienes de consumo final tradicionalmente adquiridos en el exterior, principalmente en los países de economía de mercado, o de los bienes de capital que según los marxistas merecen promoción prioritaria por su localización privilegiada y su peso decisivo dentro del sector donde se define la magnitud, la índole y el ritmo de la llamada “reproducción amplia del capital”, base del crecimiento y progreso de la economía en los países de economía centralizada, o de planificación central, dentro de la vasta área de la industrialización cerrada, por un lado, y los distintos matices y opciones de la que podríamos llamar industrialización abierta, como la orientada al fomento de las exportaciones con algún valor agregado y las que se inscriben dentro de las nuevas tendencias de la división internacional del trabajo para especializarse en la producción de partes y piezas —y no ya de bienes— para el mercado mundial, y no para un para un país determinado, de conformidad con las ventajas comparativas y la disponibilidad relativa de capital, por el otro.

(3) Técnicas o métodos de la promoción propiamente dicha, como la protección arancelaria, los estímulos tributarios o cambiarios.

(4) Alternativas de capitalización social y financiación, como las que se desprenden de la variada experiencia y se sistematizan en la teoría.

(5) Inclusive, lo que podríamos llamar una cultura o consenso de la industrialización, que tiende a asegurar a los empeños y a los dirigentes de la formación y la expansión de la industria el respaldo y la legitimidad indispensables para el éxito de sus alcances.

4. Factores de la ascendencia de la “*intelligentsia*” bogotana

Desde los mismos orígenes de la nacionalidad, en los comienzos de la colonización española, y desde luego desde la misma conformación de la República, en los primeros decenios del siglo pasado, se plasmó en Colombia la célula inicial o el núcleo básico de una clase, élite o “*intelligentsia*” política: un semillero de servidores públicos destinados a asumir las más altas responsabilidades en la creación del Estado, el derecho público y las instituciones oficiales fundamentales para la construcción de la nación moderna y modernizadora que las fuerzas vivas de fondo y de base antes descritas, pusieran en marcha para despertar y movilizar al viejo país:

a. Al amparo de las tradiciones aristocráticas, burocráticas y eclesásticas de la España “misionera y mesiánica” de la conquista y la colonización, se creó muy pronto en Santa Fe de Bogotá, como asiento del virreinato de la Nueva Granada, una especie de escuela de aprendices

de las ciencias y cultivo de las disciplinas del Estado, como el derecho, la historia, la teoría política, la sociología, la economía, la filosofía, y hasta la dialéctica, la sofística, la gramática y la retórica (para muestra un Cuervo o un Marroquín), que griegos y romanos incluyeran en las arduas artes del Príncipe.

b. Quizás también por la acción, la pasión y hasta la obsesión de esas mismas fuerzas y sentimientos —esto es, de aristócratas, burócratas y clérigos de alta condición— parece haberse difundido y arraigado en esa misma aldea con vocación de Polis, desde su mismo establecimiento significativo por el letrado y abogado Gonzalo Jiménez de Quesada, en 1538, una sensibilidad especial y un interés característico en el difícil campo de la cosa pública y los quehaceres del Estado, una iniciación y adiestramiento masivos y permanentes de sus habitantes en el entendimiento y el sentido de las complejidades y las sutilezas de la política y hasta esa vaga pero indudable curiosidad por las cosas del mundo que le diera tradicionalmente una cierta actitud de apertura ecuménica de metrópolis, que probablemente llevaron a los extranjeros a descubrir una inesperada “Atenas Suramericana” en esa población deliberante de ciudadanos activos sobre uno de los más altos altiplanos de los Andes brumosos de la América Ecuatorial.

c. Tal vez por el considerable y largo aislamiento en que viviera; por su misma condición geográfica, como centro interior de un país mediterráneo colocado paradójicamente de espaldas a sus dos mares, y eje y núcleo de un desarrollo cerrado y una cultura introvertida, pudieron ir madurando dentro de esa democracia señorial de corte ateniense, una “*intelligentsia*”, una *élite política* y una *opinión pública* que, aunque abiertas a las vicisitudes y las enseñanzas del mundo, tuvieron ocasión de consagrarse a la creación de uno de los marcos culturales y políticos más propios de la América Latina. A diferencia de lo que sucediera en la mayor parte de los países de la región, como puede observarse en la peculiaridad y vigor de nuestros dos grandes partidos históricos, en la relativa independencia, (e incluso invulnerabilidad), de la política en relación con la economía, como tantas veces se ha visto en la autonomía y la arrogancia de las máximas figuras políticas, señores de la democracia señorial (valga la paradoja, aristócrata, que dejaran las cortes virreinales).

d. La conformación de amplias clases medias liberales, de profesión y orientación política, de una opinión pública comparativamente numerosa, activa y bien informada y de un semillero de dirigentes políticos relativamente rico y actuante en la capital, el vigor insólito y las diferencias y el equilibrio considerables de las provincias semejan haber provisto al país, y particularmente a los empresarios y realizadores de

Antioquia, los pioneros y cultivadores del café, los señores heroicos y románticos del Cauca grande, de Cartagena y Santander, pero también a los estadistas (maduros y en agraz, aficionados y profesionales) de Bogotá, de considerables y variadas fuerzas racionalizadoras, equilibrantes y estabilizadoras, una riqueza singular de imaginación y sensibilidad para la creación de instituciones y derechos públicos y privados y la armonización y concentración de los intereses y los esfuerzos del sector privado, a través de la articulación de propósitos nacionales de amplia capacidad de atracción.

e. Gracias al intercambio, cada día más activo, y la mutua influencia entre “el país político” de Bogotá y el pujante “país nacional” de antioqueños, cafeteros e industriales, fue posible neutralizar y reducir los excesos potenciales de uno y de otro y enriquecer los valores de cada uno. Pasando, por ejemplo, de la democracia ateniense o señorial de Santa Fe, a la democracia social, económica y popular en gestación de la Colombia contemporánea, y enmarcando a uno y a otro país con las regulaciones institucionales y las fuerzas reales indispensables para el recíproco contrapeso y control y el común robustecimiento necesarios para la mayor autenticidad y efectividad de los procesos de progreso, y de la institucionalización del progreso, en que a la postre consiste todo desarrollo humano de larga duración y alcance.

B. FACTORES COMUNES DE LOS LIDERAZGOS SEÑALADOS

Participación, integración y consenso dentro de los variados segmentos y estratos de la población de que se trate; creación y mantenimiento de las instituciones sociales que faciliten dichas funciones y logros comunitarios; provisión de legitimación y respaldo por las mayorías de la sociedad a la actuación y el empeño de los dirigentes; claridad de metas y efectividad y coherencia en los propósitos, entrenamiento de la capacidad de pensar en los demás y de anticiparse a los hechos creados por los otros, precisamente para poder tomar la iniciativa y transformarse de conducidos en conductores: tales son, entre otros, los principales factores comunes de los liderazgos antes mencionados.

Como quizás otro estímulo frecuente es la coincidencia de los intereses, propósitos y necesidades del país con los del grupo o la región dirigente. Diríase que el sólo hecho de creer, v. gr., que cuanto es bueno para el café o para la industria lo es también para el país ayuda a “motivar” al líder y a “legitimar” sus impulsos y acciones.

C. VENTAJAS Y DESVENTAJAS DEL VALLE DEL CAUCA PARA ASUMIR LA RESPONSABILIDAD PRIMORDIAL QUE HOY LE CORRESPONDE EN LA ORIENTACIÓN DEL DESARROLLO NACIONAL

1. Desventajas

Salta a la vista que el Valle del Cauca carece de algunas de las más importantes características esbozadas antes, como nota distintiva fundamental de los tradicionales asientos del liderazgo del desarrollo en el país:

a. Al lado de Antioquia, del país cafetero, o del puñado de industriales que sucesivamente asumieran el comando de la modernización nacional en los anteriores momentos del desarrollo, semeja ser evidente la mayor heterogeneidad y complejidad de la cultura y la sociedad vallecaucanas.

b. Con pequeñas excepciones, principalmente dentro del “enclave” industrial de Cali y los sectores de avanzada que salpican las vertientes cafeteras y el norte penetrado por fuertes ondas culturales que, así sea remotamente, provienen de Antioquia, no se ha distinguido propiamente la cultura política y social del Valle por su carácter empresarial.

c. De allí tal vez que nuestra región tienda a ser más moderna que “modernizante” y “modernizadora”, quizás por haber sido la suya una *modernización inducida* desde fuera (empujada por “paisas”, cafeteros, inmigrantes de todos los rincones del país y extranjeros), recibida, y por ello mismo más pasiva que activa. Lo que quizás explica cierta inclinación al “snobismo”, entendido como la propensión a precipitarse a adoptar y acentuar las formas que aparecen como más características y demostrativas de la conducta o pauta que se trata de reproducir –en este caso la modernidad–, posiblemente por el doble juego del mimetismo, que suele provocar la pasividad, y de la inseguridad, a menudo asociada a la dependencia. Con las conocidas secuelas de la ansiedad, la necesidad y la búsqueda afanosa de pruebas de logro (en este caso de lo moderno) y de aceptación o reconocimiento de éste por el público convencido por la proliferación, elocuencia y falta absoluta de equívocos de los signos más externos y contundentes de pertenencia o asimilación de los postulados de la cultura, país o grupo dominante²¹.

21. Y al revés: el relativo “tradicionalismo” (y aún lo que quizás pudiéramos llamar “snobismo” del pasado antioqueño), podría entenderse por haber sido la de Antioquia una modernización cerrada y no inducida, activa y no pasiva, dominante y no dependiente, como tal vez la exageración, la patología de tal modernización (el apego al pasado hasta el folclor, como acontece con lo que quizá podríamos llamar el “arrierismo”), pueda explicarse por el carácter sustancialmente conservador del lanzamiento del proceso por el alto y agudo visitador de España, tantas veces citado.

d. Probablemente por esos rasgos de fondo, parecen tender las élites vallecaucanas a practicar formas más bien pasivas que activas de pensamiento y conducta, y mentalidades y actitudes impregnadas más en el egoísmo de los inseguros y dependientes, que en el altruismo de los fuertes, de alta confianza en sí mismos (quizás aquilatada y robustecida en ellos, a su vez, por la circunstancia de haber sido la suya una modernización propia, como a su turno ésta pudo apoyarse en dicha seguridad).

e. En mi opinión tales tendencias han creado y siguen creando y manteniendo la mayor dificultad para el liderazgo en los dirigentes del Valle:

(1). Por definición el líder es quien va adelante y no atrás (donde va precisamente el seguidor), buscando y encontrando (porque “quien no busca no encuentra”), respuestas convincentes (por eficaces y sugestivas) a los problemas, las necesidades, las aspiraciones y los intereses propios y ajenos (porque de lo contrario los seguidores no siguen, o más exactamente se van en pos de quien los provea de las respuestas que demandan).

(2). Obvia y perogrullescamente, no podrá ni ir adelante quien está habituado a pensar por reacción a lo que previamente hubieren dicho, hecho, pensado o propuesto otros (que en virtud de tal comportamiento serían reconocidos como líderes por aquellos), o a no pensar en los demás, porque en ese caso estaría renunciando a la adhesión de las gentes y confinándose a quienes compartan igual posición.

f. No obstante los esfuerzos cumplidos y los avances realizados en el campo del desarrollo económico y en la extensión de la escuela y los servicios públicos en general, para disminuir las diferencias de posición o condición de las personas de las distintas clases sociales en el momento de la partida, continúan siendo ellas considerables (y muy probablemente mayores que las de los grupos y regiones líderes antes mencionados, al establecer su predominio). Entorpeciendo, desalentando y disminuyendo la necesaria “legitimación” de la competencia que el sistema económico actual supone y exige esencialmente.

g. La insuficiencia y debilidad de instancias y mecanismos más específicos de integración (y de la integración que podríamos llamar participante, que es la estimulante de la creatividad y la productividad propias de las culturas que sirven de marco a la empresa, y propicias al desarrollo, más que de la integración pasiva, (la que tiende a convertirse en expediente para afianzar el atraso y la pobreza, al reforzar la increatividad y la improductividad que la provocan y mantienen), como es, v. gr., la sociedad anónima, de tan viejo, extendido y hondo calado en Antioquia.

h. Posiblemente los puntos citados antes, explican la limitación, la precariedad, la inestabilidad y la incipiente del consenso social del desarrollo y de la modernización, así como del respaldo y la simpatía de la comunidad toda en relación con sus dirigentes formales de turno, y la consiguiente dificultad para que éstos puedan extender su influencia sobre el resto del país emergente del atraso, o ya en franca modernización.

2. Ventajas del Valle

No obstante la entidad, la envergadura, la fuerza, la proyección de tales factores críticos y desventajas, no sería aceptable exagerarlos hasta no poder ver los elementos positivos, las ventajas con que ciertamente contamos los vallecaucanos para tratar de ganarnos la tantas veces señalada y traída capacidad nacional de influjo como son:

a. El altísimo grado de coincidencia de sus intereses, valores, urgencias, oportunidades y propósitos más peculiares o distintivos, y los de la nación, así en el plano del desarrollo agrícola y el de la apertura de la economía para liberar progresivamente las importaciones, aumentar y diversificar las exportaciones, impulsar los procesos de integración y beneficiarnos del capital y la técnica extranjeras en la forma, medida y usos adecuados, como de una más cuidadosa armonización del desarrollo regional, dadas las características ya mencionadas del Departamento.

b. El rico potencial de influjo nacional que le da el hecho de haberse convertido en la tierra del desarrollo abierto, en el oeste, los Estados Unidos, o la Venezuela de tantos colombianos, guardadas obviamente las debidas y grandes diferencias cuantitativas y aún cualitativas.

c. La misma circunstancia de que desde el punto de vista cultural no sea tan distinto el Valle al resto del país, v. gr., como la Antioquia empresarial de las demás partes, tendería a aumentar la aplicabilidad de sus logros, y haría suponer que haya una mayor sensación de proximidad e identidad que bien puede traducirse en mayor interés por cuanto pase en él, aumentando, con ello, la posibilidad de predominio.

d. Por otra parte, es bueno subrayar que al cambiar el tipo y las modalidades del proceso de desarrollo tradicional, cambian también los requerimientos sociales del liderazgo, y no en escasa medida, ni en aspectos puramente adjetivos:

(1). El modelo de desarrollo cerrado tiende a exigir, valorizar, suscitar y acentuar “talantes” (como diría el doctor Álvaro Gómez Hurtado),

más bien conservadores en los dirigentes, animadores e inspiradores de la modernización o transformación, como ocurriera, por ejemplo, en los desarrollos cerrados del Japón, principalmente en la etapa de los “Meiji”, entre 1.890 y 1.904; por razones y con modalidades peculiares en Inglaterra y Alemania, los 150 años largos e intensos de la “revolución industrial” que los pusiera en la vanguardia de la industrialización por muchos años; y, con matices muy característicos y dentro de un cuadro político propio, en la Unión Soviética, particularmente bajo la vigencia de “la nueva política económica” (la NEP) de Lenin, y la época stalinista, y como sin duda ocurriera en Colombia, durante el prolongado imperio de los esquemas del desarrollo seguidos hasta hoy:

(a). Por su propia naturaleza y su lógica y dinámica interna, el desarrollo cerrado tiene que poner más énfasis que el desarrollo abierto en valores, actitudes, elementos de la organización social y comportamientos que usualmente han sido más exaltados por el pensamiento realista de los conservadores que por las diversas escuelas y tendencias del pensamiento utópico, o del racionalismo, cuales son la disciplina social, la nación, la autoridad, el mantenimiento y aún el fortalecimiento de la vieja cultura, las instituciones fundamentales de ésta, como la familia en la nuestra, la tradición, la cohesión de la comunidad. En parte porque el cierre disminuye los riesgos y ocasiones de contaminación cultural, contagio político o penetración ideológica; en parte porque necesita apelar más a la noción de orden (antiguo, o nuevo, socialista o no), y racionalizar las tendencias y aspiraciones al cambio para poder concentrar las únicas y escasas energías y recursos disponibles (los propios del país), en el campo o los campos de mayor efecto potencial en la transformación social; y en parte, desde luego, porque se tiene, o se cree tener, una visión, imagen o modelo del tipo de sociedad final a que se quiere llegar y se tiene conciencia de que el aislamiento favorece tal anhelo, al reducir el número de variables en juego y hacer menos probable que el influjo de los dirigentes nacionales sea contrarrestado por influencias del exterior con el consiguiente aumento de la capacidad de los líderes para controlar las dinámicas de la modernización, el desarrollo cerrado semeja inscribirse dentro de las previsiones del “modelo bismarckiano” de desarrollo autoritario de Helio Jaguaribe²².

(2). En contraste, el desarrollo abierto semeja demandar y estimular los talentos más encomiados por las versiones más bien “liberales” de la vida y de la sociedad; más racionalistas y hasta utópicas, que realistas y conservadoras; más optimistas y en consecuencia más inspiradas en la confianza (en la naturaleza, en el hombre, en las fuerzas libres de la competencia, del mercado, en el influjo del exterior), y por ello mismo

22. Véase: Jaguaribe, Helio. *Desarrollo Económico y Desarrollo Político*. Buenos Aires, Editorial EUDEBA, 1964.

con mayor inclinación a respetar, y aún a defender y a cultivar activamente las espontaneidades sociales de la más variada índole. En parte por la naturaleza y la lógica y dinámica propias internas del modelo mismo de desenvolvimiento; en parte también por la posición y relación peculiar que la apertura representa ante el resto del mundo y la consiguiente intensificación de los contactos, con la “contaminación” previsible, en todos los campos del pensamiento y de la acción y en parte, finalmente, por esa misma actitud —o talante— fundamental de optimismo, de fe o de confianza “existenciales” en las posibilidades virtualmente ilimitadas²³ del hombre, se creen tan abundantes y tan confiables las fuerzas y los recursos del cambio, y en consecuencia innecesaria la concentración de la energía social en pocas áreas, que se considera deseable asignar la mayor parte de las funciones del las fuerzas y los recursos del cambio, y en consecuencia innecesaria la concentración de la energía social en pocas áreas, que se considera deseable asignar la mayor parte de las funciones del desarrollo al individuo en el juego espontáneo del mercado, y no solo apetecible, si no indispensable, crear y mantener un clima “permisivo”, propicio al mejor fomento de la creatividad individual, primera fuente del desarrollo, según Schumpeter. Los Estados Unidos constituyen el prototipo de tal tipo de desarrollo.

Como es obvio, y como la experiencia lo demuestra, cada una de esas dos grandes opciones de desarrollo tiende a presentar sus propios riesgos de distorsión y exageración; sus contradicciones peculiares y desde luego, desiguales posibilidades reales, objetivas de aplicación y logro concretos, que en alta medida no depende de la sola voluntad de los protagonistas que en ellas se inspiran, pues la coyuntura internacional desempeña un papel ciertamente importante, particularmente para los países que por su grado de desarrollo tienden a ser más dependientes que influyentes y dominantes en el escenario del mundo. Respecto a lo que podríamos llamar la patología característica de cada uno de tales “macro-modelos” vale la pena mencionar, al menos, el aislamiento excesivo y sus secuelas de ineficiencia económica, por la sobreprotección, y provincianismo y atraso cultural, por el distanciamiento de las grandes corrientes renovadoras de la ciencia y la vida en el mundo, y el autoritarismo y la sobrevaloración del poder político (dada la influencia excepcional del Estado en la orientación del desarrollo), la exacerbación de la lucha por el acceso a los centros y medios de decisión y aún la burocratización y la estatización, y la atrofia de la competencia y la iniciativa, en el caso de extremar tendencias y elementos esenciales de la lógica y la dinámica de modernización específicas

23. De allí la “*penchant*” utópica del liberalismo y su parentesco filosófico y político con el marxismo, también salido de la exaltación racionalista del iluminismo del Siglo de las Luces; y aún con los anarquismos, individualistas o sociales, que a fuerza de confiar en el individuo o en el grupo —clase, minoría, región, nación, raza— y en la espontaneidad de su desenvolvimiento y realización, acaban por ver en toda autoridad un obstáculo al progreso al cual urge destruir.

de la vía del desarrollo cerrado²⁴. El desbordamiento de la competencia, la agudización y exageración de las desigualdades, el debilitamiento de la autoridad, la proliferación de las contradicciones de diversa índole y aún de los conflictos culturales en el orden de los valores, la anarquía social y la confusión política, la agitación y la inestabilidad, que ha podido señalarse en los países avanzados donde el modelo del desarrollo abierto no parece haberse atenuado, como se hiciera en buena parte de la Europa Occidental; y, además, la pérdida de autonomía y capacidad de control de la modernización, en los países rezagados, por la quiebra de las empresas nacionales en la competencia desigual con las extranjeras y la penetración del capital foráneo, y las convulsiones nacionales y sociales conocidas²⁵, en el evento de llevar a la exageración los elementos esenciales del segundo modelo.

Diríase que en el momento actual de su evolución económica, y la del mundo, Colombia debe buscar un equilibrio propio dentro de su peculiar modelo de desarrollo, sin dejarse llevar a posiciones extremas en uno u otro sentido. Ni ceder a la presión de los países que precisamente por haberse desenvuelto hasta el momento bajo la exageración del desarrollo abierto, como fue el caso de los países más grandes e influyentes de la subregión latinoamericana, han reaccionado hoy con fuertes convulsiones y explosiones nacionalistas que ciertamente no tendrían mayor explicación en los países que vienen del otro lado, por haber sufrido los rigores del cierre bajo la exageración de su propio modelo.

No tendría mucho sentido, por ejemplo, que por no ver con claridad tales diferencias de fondo nos confundiéramos hasta el punto de adoptar las políticas nacionalistas de los países que por haber vivido hasta ahora en desarrollo abierto, con Venezuela, Chile, o Perú, creen ver su problema primordial en la nacionalización de industrias básicas ya creadas, como la energética, o las mineras, para rescatar la autonomía perdida y restaurar el control de su desarrollo en sus propias manos, al paso que precisamente por haber vivido bajo el cierre de nuestro modelo, nuestro problema fundamental es el de crear dichas industrias, no el de nacionalizar industrias inexistentes, hasta el punto de que quizás la mayor amenaza que semeja cernirse hoy sobre la autonomía y vigor del país y sobre el control de nuestro propio desarrollo radicaría, específicamente, en la dependencia creciente a que nos condenaría la falta de esos sectores básicos propios en alguna medida. Tampoco tendría lógica sumarnos al entusiasmo de quienes empiezan hoy la sustitución a toda costa de sus importaciones de bienes de consumo final, o se aprestan a

24. Muy probablemente, a mi juicio, algunos de los mayores fenómenos patológicos que más nos caracterizan, como el sectarismo partidista y la violencia política no hubieran podido darse, al menos con la intensidad, magnitud y modalidades que los distinguieron, de habernos dado un modelo abierto de desarrollo. La circunstancia de que tales hechos no hubiesen proliferado en la Costa Atlántica, sin duda más abierta que el resto del país, parecería apuntalar tal hipótesis.

25. Cuba, Argentina y Brasil, entre otros

montar su desarrollo sobre políticas industrialistas discriminatorias contra la agricultura, como si ninguna experiencia hubiésemos tenido en ese campo.

e. Finalmente, conviene anotar que el Valle puede (y debe) cambiar y está cambiando, precisamente por el avance de sus procesos de desarrollo y modernización y que sus dirigentes tenemos que trabajar para acelerar los reajustes que parecen necesarios, como luego se verá, para que pueda cumplir su destino.

D. ¿POR QUÉ EL VALLE?

A todas éstas podría decirse: habiendo tantas, o tan sustantivas, “desventajas” o dificultades para que el Valle del Cauca pueda asumir efectivamente y con la eficacia que el país requiere, la gravísima responsabilidad de orientar el nuevo desarrollo nacional que la historia nos demanda, ¿por qué tiene que ser el Valle la región “escogida” –para usar la significativa y ya clásica expresión bíblica– para tan alta como ardua “misión”?

A lo cual me limitaría a responder en forma muy breve y convencida:

1o. ¿Cuál otra región del país, qué Departamento que no sea el Valle, podría llenar el vacío que dejara Antioquia, restablecer el equilibrio y la dinámica perdidos y lo que es más importante, una dinámica equilibrada, al restaurar la modernización y ofrecerle más amplias perspectivas? ¿Cuál dispone de tantas y tan diversas posibilidades de desarrollo en la agricultura, las exportaciones, las industrias, y puede estar tan motivado y dotado de recursos humanos, técnicos, institucionales o financieros para elaborar las propuestas o alternativas de las políticas de desarrollo agrícola, de promoción de las exportaciones y atracción de las inversiones extranjeras necesarias, de regionalización del desarrollo y descentralización administrativa, de agroindustrialización e industrialización, de desarrollo político y cultural? Yo no veo sino al Valle, estando, como están imposibilitadas las demás provincias: Antioquia, desfallecida por el agotamiento del modelo que sirviera de base y le diera legitimidad a su influencia sobre el país; Bogotá, desbordada por la inundación demográfica de la migración desordenada y rotos los resortes de su antigua cohesión para la respuesta y la acción concertadas; el viejo Caldas, debilitado por la mutilación y abrumado todavía por ella.

2o. Llenar ese vacío es un imperativo histórico.

3o. El Valle puede cambiar y organizarse para asumir el liderazgo que el país le demanda.

4o. El Valle sólo puede ganar aceptando ese llamado perentorio de la historia. Y no porque ascendiendo en la escala del Influjo logre tener acceso a más recursos, oportunidades y medios para aumentar sus resultados, sino porque Colombia no puede realizarse sin el viraje histórico que requiere de nuestro concurso, y nosotros no podremos sobrevivir, y mucho menos realizarnos, como es obvio, sino en y con el país en su conjunto.

Resumiendo y ampliando, a la vez:

1. Ninguna otra región de Colombia ha contado con las condiciones geográficas e históricas que llevaron al Valle a aplicar durante muchos años precisamente el modelo de desarrollo que con los debidos ajustes necesita seguir hoy el país en su conjunto. De allí que ninguna otra provincia nacional disponga de tantos ni tan idóneos recursos humanos, institucionales, técnicos, e inclusive materiales para proveer al país de alternativas eficaces de avance en los caminos del nuevo desarrollo.

2. Habiendo arribado ya el Valle al límite mismo de las posibilidades que le ofrecía la aplicación del desarrollo abierto con sus solas fuerzas, y tan sólo dentro de sus propias fronteras, se vuelve vital para él lograr las definiciones y apoyos nacionales indispensables para asegurar no solo la prosecución de sus procesos y empresas esenciales de desarrollo, sino, inclusive, la simple consolidación del desarrollo alcanzado por él hasta el momento: ¿Cómo continuar su revolución agrícola, sin política agropecuaria nacional? ¿Cómo proseguir el desarrollo de la industria azucarera, sin una política nacional de desarrollo azucarero? ¿Cómo continuar aumentando y diversificando las exportaciones, liberando las importaciones, atrayendo las inversiones extranjeras, sin políticas nacionales en tales sentidos? ¿Qué armonización podríamos defender y fomentar en la regionalización del desarrollo, en el vacío de claras estrategias nacionales en este campo? Y así en el plano de la industrialización, como en los de los desarrollos políticos, sociales y culturales que requiere tanto el país como el Valle del Cauca. Hasta el extremo de que el logro de esas nuevas dimensiones nacionales de su desarrollo se haya convertido en condición perentoria para su supervivencia misma. Lo que explica que en la búsqueda de la influencia nacional capaz de asegurar tal logro no puedan verse simples afanes de vanidad, ni arrogancia regional de ninguna clase, sino la gravedad, la modestia y la autenticidad con que se tratan de realizar los grandes imperativos y apremios de la vida.

CAPÍTULO IV

ACCIONES PREVIAS Y OBJETIVOS INMEDIATOS

De ser ciertos los hechos y válidas las consideraciones consignados en los apartes anteriores, como en mi opinión lo son, tendríamos que proceder, a mi entender, los vallecaucanos a estudiar y ejecutar algunas de las acciones previas que semejan requerirse para fortalecer nuestro propio consenso regional y forjar el respaldo necesario para que nuestros dirigentes alcancen el influjo nacional que se aspira a obtener; preparar las alternativas de políticas que deberemos someter al país en los distintos campos del desarrollo nacional y examinar los primeros instrumentos o medios indispensables para la organización y movilización coordinada de la comunidad vallecaucana en la dirección sugerida en éstas páginas. Son esos los puntos que me limitaré a señalar, a fin de no aumentar la ya descomedida extensión de la presente introducción al tema.

A. ACCIONES PREVIAS NECESARIAS

Entre las desventajas o elementos negativos que señalaríamos en el pasaje correspondiente, semeja ser particularmente significativo y urgente para aumentar nuestra propia base de liderazgo regional y nacional:

1. Robustecer el acuerdo o consenso de la opinión pública del Valle del Cauca sobre el desarrollo del departamento y su papel en el desarrollo nacional:
 - a. Promoviendo la mejor información, formación y organización de los diferentes sectores que la componen.
 - b. Haciendo los estudios y las presentaciones necesarias para una mayor divulgación de los problemas y las oportunidades de la región.
 - c. Elaborando los proyectos, planes, programas y estrategias destinados a definir las metas, los propósitos, prioridades y los medios primordiales de la región.
 - d. Llevando a cabo las investigaciones y presentaciones pertinentes a una mejor determinación del lugar actual y el papel futuro del Valle en el desarrollo nuevo de la nación.

A través de los esfuerzos esbozados dentro de este primer campo de la acción preliminar de preparación de la región para la asunción del liderazgo mencionado, se intentaría hacer lo más clara y perceptible posible la nación como auténtica frontera nueva en la consolidación y prosecución de los diversos desarrollos de la economía regional, al demostrar el agotamiento

de las posibilidades de crecimiento dentro de los solos límites seccionales, así en la agricultura, como en la industria, y la consiguiente urgencia de políticas y respaldos nacionales e incluso internacionales que apremia conseguir, para asegurar el desarrollo del mañana.

2. Fomentar las pocas instituciones, instancias y mecanismos disponibles hoy para la integración, activa y participante, y no tanto pasiva y dependiente, de los distintos estamentos de la colectividad, como pueden ser las Sociedades Anónimas.

Lo cual parece oportuno cuando las sociedades extranjeras están en vía de “colombianizarse” para ajustarse a las exigencias del Grupo Andino y de la ley colombiana, y cuando algunas sociedades de familia pueden considerar llegada ya la hora, que llegara hace ya algunos años en Antioquia, de la “despersonalización” la “institucionalización” y la apertura hacia los terceros con recursos y voluntad suficientes para incorporarse. Se impone la consiguiente superación del sentimiento de exclusión y rechazo que las formas cerradas de capitalización social predominantes en el Valle (las sociedades extranjeras y las sociedades de familia, por definición inalcanzables para quienes carecen de los atributos fijados arbitrariamente por el *ius sanguinis* y el *ius domicili*, sin contemplar para nada la voluntad, el esfuerzo propio, el mérito o la libertad de las personas) pueden estar suscitando entre las clases medias de la región, dificultando y entorpeciendo de este modo la deseable incorporación de éstas a la capitalización regional, y sobre todo la legitimación y respaldo a la economía empresarial vallecaucana por éstas clases “normalizadoras” y “estabilizadoras”, en lugar de distanciarlas y hasta de provocar en ellas situaciones de frustración y agresividad. Es esta una dificultad previsible entonces en la búsqueda del respaldo de la opinión regional propia, que tanta falta hace para fortalecer las bases de la influencia nacional que se pretende lograr.

3. Impulsar y dar aliento a la cultura empresarial del Valle del Cauca:

a. Hacer un estudio para conocer la imagen de la empresa privada, las expectativas que de ella se tienen, las sugerencias que se hacen, identificar los factores y convicciones sociales coincidentes con la formación y el desarrollo de los enclaves o sub-culturas empresariales del Valle del Cauca.

b. Propiciar la voluntad empresarial y dar capacitación como empresarios a los trabajadores independientes. Democratizando el espíritu y la aptitud empresariales, como medio para aumentarla eficiencia y la opinión favorables a la empresa como institución social.

c. Pasar de la pasividad del “deporte espectáculo” al “deporte activo” y auspiciar, en general, una renovación cultural enderezada a transformar las viejas culturas y subculturas de la adhesión, (en que aún tienden a consolidarse y a “cristalizarse” el atraso y la pobreza), en genuinas y dinámicas versiones de las culturas de la participación, en que el desarrollo se inscribe y apoya.

4. Entrenar a las gentes, y muy particularmente a quienes tienen responsabilidades directivas en el mundo gremial y empresarial del departamento, en el pensamiento de anticipación y en la apertura y la sensibilización altruistas a los demás.

5. Propulsar activamente la renovación cultural, general y técnica, de las cabezas dirigentes de la región, con especial énfasis sobre todo en las partes social y política de los procesos de desarrollo y cambio en las sociedades contemporáneas.

B. OBJETIVOS INMEDIATOS

1. Organizar la energía y las instituciones empresariales de la comarca, en la mejor forma posible, para una coordinada movilización y un uso óptimo de sus recursos en la dirección insinuada a lo largo de éste texto.

2. Llevar a cabo las investigaciones, consultas, estudios y debates conducentes a la exploración, identificación, elaboración, ponderación, escogencia, adopción, presentación y defensa, por el Valle del Cauca a la nación, de las alternativas nacionales que en la opinión madura de la región serían más convenientes para el país en los diversos campos fundamentales del nuevo desarrollo, y muy especialmente en los de mayor interés y apremio en los primeros momentos de la nueva etapa del mismo, como:

a. Alternativas de políticas de transformación o modernización de la vida rural y desarrollo agropecuario compatibles con la certidumbre, la rentabilidad y la confianza que la empresa moderna eficiente necesita esencialmente para vivir y realizarse.

Debido a la forzosa y apresurada generalización en que se incurre en ensayos de síntesis como éste, podría sacarse la impresión de que pudiera haber cierto “chauvinismo” anti-industrial en las reflexiones hechas y las sugerencias prácticas formuladas a lo largo del presente texto. Todo lo contrario: una de las mayores urgencias nacionales que el Valle del Cauca puede y debe atender es precisamente la de la necesidad de superar las versiones simplistas, caricaturescas de la industria y del desarrollo industrial,

y la creencia en una especie de dicotomía invencible entre la agricultura y la industria, y el desarrollo agrícola y la industrialización, en que se caía por contemplar el sector agropecuario a la luz de visiones anacrónicas y por creer posible su crecimiento y modernización sin la adopción de las técnicas y las ciencias industriales.

b. Alternativas para el fomento de las exportaciones.

c. Alternativas para la atracción de las inversiones extranjeras privadas hacia los sectores básicos para nosotros, como el energético, el mineral y el de la ampliación de la vieja frontera agrícola.

d. Alternativas para las más adecuadas formas de regionalización del desarrollo y descentralización administrativa en el territorio nacional. Temas que en ninguna otra región del país podrían tener tanta vigencia como significación, ni tan ricas bases y elementos vivos y vividos de estudio como en la mejor organización regional o subregional del desarrollo que se registra en Colombia.

e. Alternativas para los desarrollos agro-industriales e industriales más y mejor ajustados a las necesidades y posibilidades reales del país dentro de la economía mundial

f. Alternativas para el más apropiado desarrollo personal y social del trabajador colombiano: formación, capacitación, motivación, empleo, productividad, ingreso real, seguridad, bienestar, organización, participación, cultura, recreación, con la seguridad de que de las respuestas que demos hoy a los temas del trabajo dependerá vitalmente el futuro del país.

g. Alternativas para la más racional reestructuración gremial del sector privado colombiano con miras a facilitar su mejor concertación con el sector público dentro de los diferentes procesos, mecanismos e instancias de la planeación democrática consagrada en la constitución por la reforma de 1968, como el medio principal de coordinación de la economía mixta establecida entre nosotros.

h. Alternativas del desarrollo político que demandan la modernización social y la expansión y diversificación de la economía, concebidas con el ánimo de proveer a las acciones, las empresas y los proyectos de largo alcance del desarrollo grande por realizar, de la certidumbre y la estabilidad de largo plazo capaces de justificarlos y estimularlos. Siendo la opinión del Valle el primer “micro-universo” político del país, y una síntesis singular de sus mayores tendencias y perspectivas, no semeja exagerado tratar de identificar opciones y elaborar fórmulas en tan rico laboratorio social.

i. Alternativas de reorganización y reformulación de las políticas y acciones del país en el exterior para acordarlas con las necesidades de la apertura de nuestra economía.

j. Alternativas de desarrollo social: educación, salud, seguridad, justicia, participación, recreación.

k. Alternativas de desarrollo cultural para Colombia. Contra lo que algunos pudieran sostener, estoy convencido de que el Valle del Cauca puede y debe contribuir mucho, y muy sustancialmente a la “revolución cultural”, tan urgente como deseable, que sin duda se necesita para crear la capacidad, la voluntad y la creatividad del desarrollo político, económico y social que la historia nos exige alcanzar hoy:

α) En una cultura que aún tiene muchos de los rasgos característicos de las culturas cerradas o introvertidas, como la rigidez, el dogmatismo, el provincianismo y, en el caso de Colombia, una cierta tensión entre un agrarismo o ruralismo cultural exagerado y un “industrialismo” y “urbanismo” esnobistas de inspiración extranjera y ánimo extranjerizante, dada nuestra propia experiencia vital del desarrollo abierto, el mejor y mayor equilibrio entre agricultura e industria, desenvolvimiento agrícola y crecimiento industrial, la ciudad y el campo; la mayor armonía de nuestra modernización y nuestra condición actual de crisol de la Colombia de mañana, podríamos atenuar extremos y limar aristas en el viejo cuadro cultural nacional.

β) Debido a la presencia de gentes provenientes de todos los rincones del país y a su viva vinculación a las más diversas esferas de actividad en las diferentes clases sociales y partes del departamento, podríamos ayudar grandemente a promover la apremiante integración, activa, participante y dinámica, del vasto e incomunicado archipiélago cultural en que vivimos los colombianos.

γ) Frente a la cultura un tanto abstracta, jurídico-formal –si no formalista–, hipócrita, un poco presumida, “acartonada”, “europeizante” y “elitista” de Bogotá; la cultura “arcaizante” de Antioquia; las culturas heroicas, “machistas” y “aristocratizantes” de Santander, del Cauca, o Boyacá; o las culturas “gánicas” de la Costa Atlántica; y, en general, ante las innumerables versiones de las culturas de la pasividad y la apatía que predominan en inmensas porciones del territorio nacional, las gentes vallecaucanas bien podríamos ayudar a promover los elementos y matices de una cultura de la vida, y de la vida cotidiana, más próxima a los afanes y las preferencias propios de nuestro pueblo; más dispuesta a los cambios que exige la modernización; más propicia a la participación activa de los sectores más

diversos; más sensible a los valores de la mujer y el niño; más activa y creadora, y por ello, más ajustada a las necesidades de “la industrialización y creación colectiva” de los tiempos que corren. Para lo cual tendríamos que comenzar por cultivar y fomentar la creatividad y productividad en nuestra propia casa, estimulando el paso de la cultura de espectadores a la cultura de protagonistas que el desarrollo requiere. A través de concursos, fiestas, eventos y actos sociales que en vez de rendir homenaje a “los atributos de nacimiento”, como ocurre en las sociedades del “hombre de atributos” del subdesarrollo, en que se premia “lo que nada nos cuesta” como en los reinados de belleza, se encomie y exalte el mérito implícito en lo adquirido con esfuerzo. Desde los concursos de literatura infantil, artesanías populares y música folclórica, hasta la premiación del mejor trabajo técnico para la industria, la agricultura y la agroindustria, pasando por cursillos cortos sobre temas ligados a la calidad y las posibilidades de la vida del hombre del montón, así en educación y desarrollo infantil, como en economía doméstica y trabajos manuales.

Tengo la esperanza de poder desarrollar próximamente al menos los temas y las acciones principales que aquí me he limitado a señalar a guisa de aporte e incitación al debate sobre el Valle del Cauca 1976, al cual tenemos la responsabilidad formidable de conducir al año 2000.